

CORRESPONDENCIA

SIRIA

Un triunfo de los latinos.—Incendio de la mezquita de Damasco

De una carta que el Rdo. P. Fr. Angel Ullibarrí, M. O., escribe el 15 de Noviembre último al reverendo Padre Director de *El Eco Franciscano*, tomamos lo siguiente:

HACÍA mucho tiempo que los griegos católicos venían trabajando por obtener terreno para un nuevo cementerio, y al fin después de muchos empeños consiguieron del Uali lo que deseaban. Esta concesión tan gratuita excitó la envidia de sus eternos enemigos los cismáticos, tanto más cuanto que ellos mismos anhelaban aquel lugar, por lindar con su cementerio propio. Los católicos rodearon de alto muro el terreno sobredicho, y los secuaces de Focio no quisieron quedarse atrás, sino que intentaron hacer otro tanto, cercando también el suyo, que estaba abierto. Una cosa les estorbaba ó hacía difícil la ejecución de su proyecto, y era un camino público que pasaba por allí, mas no por eso abandonaron su designio. Con la refinada malicia que les distingue, comenzaron por poner puerta en uno de los extremos, sin que al principio se tomasen siquiera la molestia de cerrarla. Viendo que nadie chistaba, comenzaron á hacer uso de ella por la noche, bajo el ridículo pretexto de que no entrasen las bestias, como si no pudiesen entrar por el lado opuesto. Poco tiempo después tapiaron este lado, echaron llave á la puerta, y ya no abrían sino cuando se les antojaba. No agradó mucho esto á los griegos católicos, pues les privaba como á nosotros de un camino para su antiguo cementerio, pero no se atrevían á respirar por miedo de que les delatasen la pared que estaban haciendo sin licencia. Quien no pudo menos de protestar fué nuestro Presidente y Cura latino de Damasco, por ver conculcado nuestro derecho á pasar por allí. En dos ocasiones, sobre todo, íbamos procesionalmente, al día siguiente de la Conversión de San Pablo y en la Conmemoración de

los fieles difuntos. Acercándose este día, el Presidente les pasó aviso la víspera de que al día siguiente iríamos por aquel camino, según nuestro derecho y costumbre, y que por consiguiente, si ellos no abrían la puerta y derribaban la pared, él se encargaría de ejecutar lo uno y lo otro. Y ¿qué hicieron los cismáticos? Comprendiendo que la cosa no iba de broma, fueron unos cuantos, protegidos por el *cauás* de su patriarca, y en aquella misma noche derribaron gran parte del muro del cementerio de los católicos, á fin de hacernos paso para el día siguiente. En esta operación los cogieron los *zapties* y los llevaron á todos á la cárcel.

Al día siguiente después de la Misa solemne de *Requiem* organizamos la procesión, que fué más numerosa que nunca, y nos dirigimos al cementerio por el camino

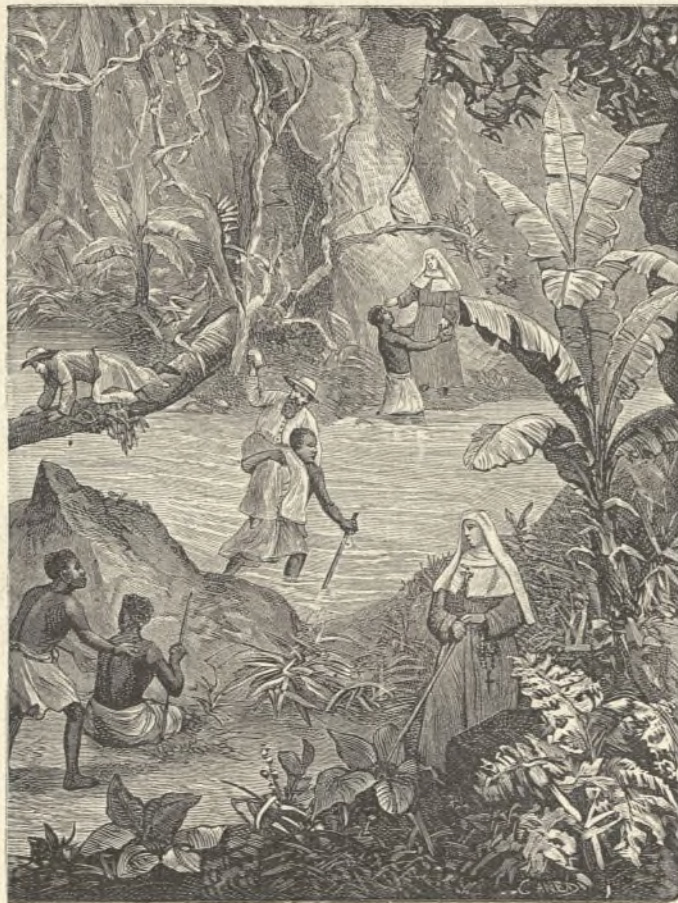
de costumbre, cual si ignorásemos que se hallaba completamente obstruido. Todos se admiraban al ver nuestra dirección, y no pocos que pasaban y nos miraban desde las murallas, se reían con cierta sorna. Llegados al punto por donde fué descolgado San Pablo rezamos el *Padre nuestro*, y entramos por la puerta que poco antes de llegar la procesión habían tenido cuidado de abrir. A los cuatro minutos arribamos al otro extremo, en donde había mucha gente en expectativa de tan extraño suceso. Querían que pasásemos por la brecha que habían abierto de noche, pero como no era aquél el camino, no quisimos aceptar. Entonces el Presidente, revestido como estaba, preguntó: —¿Quién ha hecho este muro?

A lo que contestaron que los cismáticos. Volvió á preguntar:

—¿Y han obtenido para ello el permiso del Gobierno? Dijeron todos que no.

—Pues si así es, prosiguió el Presidente, yo tengo derecho á pasar por aquí, según costumbre; por consiguiente, derribadlo.

No había acabado aún de pronunciar esta palabra cuando todos á porfía pusieron manos á la obra de destrucción, y en menos de cinco minutos ya estaba todo por el suelo. Sólo un cismático quiso oponerse á tal resolución, y comenzó á repartir bofetadas á diestro y siniestro; pero como los otros no tenían las manos atadas, le pagaron en la misma moneda, y lo hubiera pa-



UBANGHI (Africa Occidental).—Paso del río. (Pág. 81)

sado peor á no haber intervenido los *cauases* del consulado y algunos de los católicos. Pasamos, pues, sin más novedad, y después de cantar los responsos en el cementerio, nos volvimos tranquilamente al convento. Dificulto que en todo Damasco se hablase en aquel día de otra cosa que de nuestra arriesgada hazaña, la cual fué de todos alabada y aplaudida.

Los cismáticos, que dicho sea de paso, temen bastante á los latinos en aquella ciudad, nada intentaron contra ellos, pero en cambio desahogaron su indignación contra los griegos católicos, á quienes les hicieron mil perrerías en el cementerio. Pocos días pasaban sin venirse á las manos, hasta que por último se vió obligado el Uali á poner guardia en aquellos alrededores. No sé en qué habrán parado las cosas, ni si resultaría cierta la noticia que oí el día antes de mi marcha, pues se decía que había mandado el Uali á los católicos que derribasen la pared que sin permiso habían edificado, y á los cismáticos que dejasen expedito el camino que habían interceptado. A ser esto verdad, no puede ser mayor nuestro triunfo.

Otra cosa de que quiero hablarle es, del horrible incendio que á principios del mes pasado abrasó la magnífica mezquita mayor, dejando de ella solamente las paredes. Esta mezquita fué en su origen iglesia cristiana, dedicada al santo Precursor, y edificada según parece por Teodosio el Grande. Consta de tres naves separadas por dos filas de columnas monolíticas, adornadas de hermosísimos capiteles. A consecuencia del voraz elemento, que destruyó toda la techumbre y riqueza inmensa del interior, cayeron por tierra algunas de dichas columnas. La longitud de la mezquita es nada menos que de ciento cuarenta metros, por unos cincuenta de latitud. Todavía se conservaba parte del artesonado antiguo, que era lujosísimo, y restos de mosaico en las paredes. Si la vista no me engañó, las vidrieras eran otros tantos mosaicos compuestos de pequenísimos cristales de distintos colores. Las puertas eran aún las primitivas, y se hallaban forradas de bronce, pero todas quedaron completamente destruidas, excepto una hoja de la de Oriente, que tenía en un escudo tres cálices, uno mayor en medio y dos de pequeños á los lados.

Esto apenas puede explicarse sin una especie de milagro. Acaso algún día se apiade Dios de los cristianos, y haga que vuelva tal iglesia al culto único verdadero para que fué instituida, y que se halla simbolizado por aquella imagen que han respetado las llamas.

Tal desastre tiene consternados á los turcos, y no sin razón, pues han visto reducirse á pavesas una cosa que tanto amaban, y que se gloriaban de haber poseído sin interrupción desde el siglo VII. Según se dice ha tomado el Sultán á su cargo la reparación del monumento, sin permitir que nadie dé cosa alguna con tal objeto. Buen ejemplo para los Gobiernos que se precian de católicos. Otra cosa que debe confundir á éstos, es el respeto que aquí se tiene á los bienes *eclesiásticos*, llamémosles así, pues según me dijo uno de los principales que cuidaban de la mezquita, dichos bienes le dan al mes cuatro mil duros de rédito. Me dijo además que de votos solamente tenía más de once mil luces, las cuales se encendían en sus fiestas ó funciones principa-

les. Había tres ó cuatro cirios enormes, de los cuales el mayor pesaba más de treinta arrobas. En fin, allí todo era grande, magnífico; y estoy cierto que aun cuando el Sultán la revista de oro siempre tendrán los turcos que llorar, como lo hicieron al ver el segundo templo aquellos de entre los israelitas que habían tenido la dicha de ver el de Salomón; pues jamás podrá restablecer las muchas antigüedades que allí habían acumulado los siglos.

GOLFO DE GUINEA

XIX

Un viaje por las playas de San Carlos (Fernando Poo)

EN una hermosa tarde del mes de Septiembre del año 1888, el Padre Superior me dijo:
—¿Se siente V. con valor para ir á Boloco con dos ó tres niños y dos trabajadores?

—Padre, contesté al momento, lo que V. disponga. Paréceme no me falta el ánimo, y donde no lleguen mis fuerzas, llegará el auxilio del Señor.

Bien lo hube menester, pues nadie se fijó en que la marea podía estar alta, y por tanto intransitable el camino. Partimos contentos y alegres en dirección á la costa, que habíamos de recorrer por espacio de unas tres horas. Apenas descubrimos el mar por entre el espeso bosque, ya notamos la altura de la marea, que ocupaba todo el camino. ¿Qué hacer? Quitéme los zapatos, recogí algo la ropa (cosa de que los demás estuvieron dispensados por ir poco menos que en cueros), y empezamos con los pies descalzos y agua hasta la rodilla á recorrer aquella bendita playa. De vez en cuando topábamos con algún riachuelo, que era necesario pasar á nado; y como yo no sabía nadar, alguno de los negros me cargaba en hombros, y adelante. Así conservé por algún tiempo en seco la sotana y la camisa; pero por último, eran tan fuertes las oleadas contra las peñas y los riscos, que quedé hecho un bacalao. Mas no era esto lo peor: como no estaba acostumbrado á andar con los pies desnudos, y abundan por allí las ostras, se me lastimaron de tal modo que la sangre chorreaba por varias partes y la arena me mortificaba no poco.

¡Bendito sea el Señor! ¡Quién viera á un misionero mojado de pies á cabeza, descalzo y andando á tientas por entre las aguas del mar! Pero, ¡cuán bien dulcificaba este trabajo nuestra buena Madre con los consuelos interiores que sabe comunicar á los que padecen por su causa!

Lo peor del caso era que se hacía de noche; estábamos todavía muy lejos del término de nuestro viaje, y no se veía en parte alguna alma viviente. El bosque empezaba ya á extender su densa y negra sombra sobre las aguas, que como irritadas dejaban oír un lúgubre murmullo; ya casi no veíamos donde poníamos los pies. Y ¿el Corazón Inmaculado de la Virgen Madre olvidará á este hijo suyo? De ningún modo. Doblamos una punta y descubrimos un bote á corta distancia. Aquí hay gente, dije yo, habrá venido de la capital á hacer negocio. Al poco rato sale un hombre de debajo un miserable cobertizo, y corre hacia nosotros exclamando:

—Padre, ¿á dónde va V.? V. cansa mucho, mi conoce á V.; V. recuerda?

Le miré fijamente, y en efecto recordé haberle visto en la capital de la isla. Me dió la mano y me dijo:

—Pero Padre, V. puede muere hoy; ¿á dónde va tan de noche?

—A Boloco, respondí.

—Usted no puede; aquí arriba, mar tiene piedra mucho grande y no puede pasa: V. va muere: V. hoy sienta aquí y mañana puede marcha.

—No puede ser, dije, tengo hoy que llegar á Boloco, aunque sea muy de noche: iremos tanteando y el Señor nos ayudará.

Estaba cansadísimo, es verdad: la noche era bastante obscura; pero no creía prudente quedarme con aquel *quidam*, que por de pronto estaba ya borracho y seguramente tendría por allí media docena de mujeres por lo menos. Cuando vió mi determinación, me dijo:

—Pero Padre, V. va muere ahogado: mí no gusta eso; yo quiere mucho á V.; mí quiere viene pa acompañar á V. con bote.

Y sin esperar apenas mi respuesta de agradecimiento, gritó con todos sus pulmones en inglés, llamando remadores. ¡Qué hombre aquel, y qué modo de gritar! Al principio nadie respondía; la aguardentosa voz quedaba apagada en la espesura del bosque: mas pronto encontró eco, y á los pocos instantes comparecieron tres ó cuatro robustos hombres, que á las órdenes de su jefe cogieron cada cual su remo: él se quedó de *capi*, que llaman ellos, para dirigir el bote.

—Mi *capi*, mí gusta poco trabaja, gusta mucho caña; mí hoy viene de pueblo á compra ñames.

Por el camino nos explicó los peligros que habríamos corrido, de haber proseguido nuestro viaje á pie.

Llegamos felizmente á Boloco y nos hospedamos en casa un factor negro que nos quería mucho. Le dije que diera algo á mis conductores, y les despedimos contentos. Eran ya las nueve y media, y no pude probar bocado, pues no había pan ni vino, ni cosa propia de nuestro suelo; así es que sólo tomé té. El factor me acompañó á una estancia sin puerta ni ventana; me mostró la cama, formada con unos cuantos palos sin labrar, y por colchón una recia manta de lana, y otra de algodón para abrigo. Como no podía prestarme vestido alguno, no le dije que iba calado hasta los huesos, y me quité la ropa, envolvíme con la manta y así dormí algo. Por la mañana hacía bastante fresco, me levanté sin pereza tempranito, me puse mi vestido hecho una sopa, y salí tan fresco á tomar el aire y á rezar.

Un poquito antes de salir el sol (que allí sale todo el año á las seis) oí tocar una campana, no á Misa ni á rezar, cosas allí desconocidas, sino al trabajo. En un instante se reunieron como trescientos hombres sin otro vestido que unas miserables enagüillas, unos con machetes, otros con hacha, y como por encanto compareció también un joven con un banquillo que colocó en medio de una plazuela. Al poco rato se presentó con las botas en la mano y la blusa al hombro el señor ó jefe, y sentándose en el banquillo y mientras se ponía las botas y la blusa, iba distribuyendo los quehaceres á aquellos hombres, que sombrero en mano le escuchaban sin chistar. Despedida aquella gente, vinieron como

unos cuarenta ó más inválidos, unos envueltos en una manta, otros cojeando, otros en muletas, etc. El señor negro les fué examinando uno por uno y dando órdenes: á uno lo mandaba á la cama, al otro á trabajar, al otro á lavarse la herida y á curarse. Había allí un joven con no sé cuántos ingredientes, que les iba curando conforme las prescripciones del facultativo.

Terminada su tarea, me dijo:

—Padre, estos le acompañarán á V.

Me prepararon un bote, y con los niños salí en ayunas á las ocho en dirección á nuestra playa, donde tiene la Misión una casita para guardar las provisiones que llegan de España. Estando ya en terreno propio y pudiendo disponer á mis anchas, dije á los muchachos:

—Ea, muchachos, es preciso hacer fuego, enjugar mis vestidos y preparar comida, que yo hace cerca de veinticuatro horas que no la he probado.

—Pero, Padre, ¿qué quiere come, si aquí no tiene nada? me dijeron.

—Hombre, sí tiene; coge mucho arroz, un poquito picante y cocinen una buena olla.

En efecto, hicieron fuego, y en tanto que se cocía el arroz, iba secándose mi ropa. Luego mis buenos muchachos extendieron en el suelo una ancha hoja de plátano, y vaciaron sobre ella la bendita olla de arroz. En seguida, antes que se enfriara, nos sentamos en derredor y cada uno iba cogiendo su puñado. ¡Qué manjar tan económico! En mi vida he comido otro que lo fuera más: sin sal, aceite ni grasa, sin cuchara, sin tenedor y sin plato. Pero ¡qué sabrosa fué aquella comida! Como hermanitos cogíamos cada cual á medida de su mano. ¡Qué bonito! ni las gallinas con un montón de maíz. Aquello parecía el maná, tenía todos los sabores.

¡Quién hubiera visto á todo un misionero comiendo á puñados y haciendo rancho con cuatro negros! ¡Qué momentos tan felices aquellos en que uno, desprovisto de todo socorro humano, se abandona á la Providencia.

Después de la parca, pero sabrosa refección, emprendimos el regreso á nuestra casa, con tanto mayor contento cuanto habían sido más rudos los trabajos del camino. Cualquiera creería que aquel viaje había de traer desagradables consecuencias, especialmente por haber detenido la humedad por tanto tiempo; pero al contrario, desde entonces me encontré mejor, más animoso, más sano y sobre todo más confiado en los peligros. Así sabe recompensar Dios á los que militan por su causa. ¡Lástima que el hombre confíe tanto en su ingenio y en sus riquezas, y olvide que sólo Dios es el que da el incremento! *Neque qui rigat, neque qui plantat; sed qui incrementum dat, Deus.*

ABISINIA

Progresos de la fe.—Bendición de una iglesia

El Ilmo. Crouzet, lazarista, obispo de Cefirio y vicario apostólico de Abisinia, nos envía la relación siguiente, acompañada con algunos grabados:

NUESTROS católicos se muestran cada vez más firmes en la fe, y obtenemos de ellos sacrificios que poco tiempo atrás no nos hubiéramos atrevido á pedirles. La gracia opera lentamente; pero sus obras

son estables y su acción enérgica. Merced á este progreso, veremos poco á poco desaparecer costumbres que son resabios del Paganismo, y que una civilización laica hubiera más bien conservado que eliminado.

Así, por ejemplo, el 8 de Mayo de cada año se presenciaban escenas que recordaban en algún modo las antiguas saturnales. En dicho día, según el Ritual etíope, se celebra la fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen. La mañana todo el mundo la dedicaba á la devoción, y poquitas personas dejaban de asistir á la Misa cantada; pero por la tarde triunfaba el demonio. Las mujeres abisinias, para vengarse probablemente del estado de esclavitud en que pasan su triste existencia, se diseminaban por las calles blandiendo látigos y palos, y ¡desdichados los hombres y jóvenes que hallaban al paso! pues veinte manos le sujetaban, y después de derribarle lo arrastraban hasta que prometía alguna cantidad. Ahora, gracias á la energía de los misioneros, ya no se repiten semejantes escenas.

No sólo nuestros antiguos cristianos están cada vez más firmes en la fe, sino que se van formando nuevas poblaciones católicas.

En el país Boghos, donde me hallo en este momento, el centro católico está en Keren; pero muchos de nuestros fieles viven mezclados con herejes, paganos y musulmanes, en las aldeas de los alrededores, distantes algunas veinticinco kilómetros. Como no tenían iglesia, pidieron á la Autoridad militar y obtuvieron una concesión de terreno. En quince días levantaron veinte viviendas (*V. una de ellas en la pág. 80*), y á cien metros de la aldea una iglesia, que remata con el signo de la redención, y de la que os dará idea exacta el dibujo que os remito. (*V. pág. 81*).

Desde el punto de vista de la arquitectura europea, estas construcciones dejan mucho que desear, y ciertamente tampoco son muy cómodas; pero, toda vez que los habitantes están satisfechos con ellas, no podemos nosotros mostrarnos descontentos. Nuestro Señor se digna morar en una choza miserable y aislada, que tal vez convertirá en centro de milagros de santificación.

Durante la construcción fuimos á alentarles regalándoles medallas, cruces y algún dinero. Competimos en entusiasmo y generosidad con los habitantes, quienes, no queriendo darse por vencidos, nos ofrecieron un refresco de una naturaleza particular. (*V. el grabado de la pág. 84*).

Uno de nuestros compañeros, cansado por los quince kilómetros recorridos, ante la perspectiva del regreso aceptó de manos de Raquel un vaso de mimbres en el cual se había vertido una mezcla de miel, leche y cerveza, que no tiene deseos de volver á probar en su vida.

El 5 de Mayo, martes de Pascua (según el rito etíope), la campana de Comunidad nos despertó á las dos de la madrugada. Celebramos la Santa Misa, y á las tres y media nos pusimos en marcha para ir á bendecir la nueva iglesia. Venían conmigo tres misioneros, un Hermano que debía hacer el croquis de la aldea, cuatro sacerdotes indígenas y nuestros cuarenta seminaristas,

habiéndonos precedido la víspera un sacerdote para confesar á los católicos y prepararles á recibir la Sagrada Eucaristía.

Al salir de la Misión nos sorprendieron los estridentes sonos de una música que los cristianos de Charreki, tal es el nombre de la nueva aldea, enviaron para festejarnos, y que nos acompañó todo el camino. Antes de llegar al pueblo nos saludaron con una salve de fusilería. Iba entonces á apear-me; pero quisieron que llegase á la iglesia sin tocar el suelo.

Restablecióse el silencio, y un piadoso recogimiento reinó en la asamblea, compuesta de quinientas personas de todos ritos y sectas.

Empezó la bendición según el rito latino, cantando las oraciones, y luego uno de nuestros jóvenes misioneros, tomando la palabra dijo á los fieles que la iglesia que acababan de edificar en la tierra debía hacerles levantar los ojos á la del cielo, y que después de haber levantado un templo al Señor, templo material, debían dedicarle otro espiritual por el cumplimiento de todos sus deberes de buenos católicos.

La bendición episcopal puso fin á esta primera parte de la ceremonia.

A continuación empezaron los cantos para la Misa solemne en rito etíope, en la que comulgaron todos los hombres y mujeres del nuevo pueblo.

¡Hermoso ejemplo, consagrar los comienzos de una fundación con este grande acto de fe y amor!

La pequeña iglesia está dedicada á San Jorge. Nuestros abisinios son algo batalladores, y de ahí su devoción á este Santo y al arcángel San Miguel.

Un misionero anciano hizo la acción de gracias, y predicó un fervoroso sermón.

Cumplido el religioso acto, nos volvimos á la Misión, dejando que nuestros católicos celebrasen á su gusto el feliz acontecimiento. En efecto, dispusieron la mesa para obsequiar á todos los visitantes que de diez kilómetros á la redonda acudieron á felicitarles con un apetito á prueba de los manjares más indigestos.

En estos países no son ciertamente difíciles de contentar en materia gastronómica. Uno de los dibujos que os remito (*V. pág. 85*) representa mujeres abisinias comiendo carne cruda en el festín de los funerales de uno de sus próximos parientes. Esta costumbre la consideran tan sagrada los abisinios, que habiendo una mujer perdido todas sus vacas, excepto una, se ahorcó antes que expirase ésta, á fin de que sus parientes pudiesen comerla en su entierro.

ECUADOR (América Meridional)

Fiestas de los jibaros.—Shanjas.—Modo cruel de confeccionarlas.—Fiestas de las shanjas.—Bailes.—Confusiones

TRES SON los motivos principales de las fiestas de los jibaros, concluye el P. Vidal, misionero franciscano, y los tres muy originales, supersticiosos y salvajes: las *shanjas*, el *tabaco* y las *mujeres*.

Shanjas.—Cuando desean concluir con un enemigo

temible y de importancia, ó matar algún brujo de mala catadura, se confabulan y concertan seis ó más jibaros, y fijan el día en que deben ejecutarlo. Antes de esa fecha se someten los conjurados á un ayuno de algunos días, pues creen que no se puede asesinar á un enemigo temible sin que preceda el ayuno. Llegado el día prefijado, se reúnen y van en busca de la víctima, que

los demás procedimientos que emplean en esta operación. Lo cierto es que la ejecutan con tanto primor y delicadeza, que la cabeza así reducida conserva las facciones y fisonomía primitivas, y se conoce á quien perteneció. A esta cabeza humana reducida á tan pequeño volumen, llaman *shanja*.

Fiesta de la shanja.—Es la principal y á la que dan



UBANGHI (Africa Occidental).—En la entrada del bosque. (Pág. 80)

procuran, como siempre, asaltar á traición. Si las circunstancias lo permiten atan los pies y brazos del infeliz, que hace esfuerzos desesperados para defenderse y escapar; pues no ignora lo que le va á suceder. Amarrada la víctima, la tienden en el suelo, y cada verdugo le hiere con la lanza sin darle la muerte. Parece que gozan al contemplar como la víctima se retuerce á impulsos de la rabia y desesperación. Satisfecho su instinto feroz, el último de los conjurados le clava la lanza en el corazón, golpe de gracia que pone fin á las horribles convulsiones de la víctima. He dicho si las circunstancias lo permiten, porque alguna vez el infeliz se apercibe del asalto, y entonces con su lanza se defiende como una fiera, empero siempre sucumbe ante el número. Luego le cortan la cabeza, que han cuidado de no herir; inmediatamente la disecan, reduciéndola al volumen de una naranja. Al efecto, parece que arrancan con mucho cuidado toda la piel de la cabeza junto con el cabello, al modo con que lo verifican con las aves que les sirven para sus adornos. Extienden la piel sobre una piedra incandescente del volumen referido, hasta que se seque y contraiga. No he podido averiguar

más *solemnidad* que á las demás; es lo que podríamos llamar su *fiesta mayor*. Si han sido seis los ejecutores de la víctima, celebran seis fiestas, si bien alguna vez las reducen á una: en este caso los seis contribuyen á los gastos de la misma. Desde el día que han hecho una *shanja*, los que han tomado parte se someten á una rigurosa abstinencia y ayuno que dura hasta que termina la fiesta. Para que ésta sea lucida y á satisfacción de todos, es preciso é indispensable hacer gran acopio de víveres y *masato*, y como para esto se requiere tiempo, de aquí que la abstinencia y ayunos se prolonguen algunos meses, y á veces hasta un año, pues no siempre tienen en la *chacra* ó huerta bastante cantidad de yuca y plátanos en sazón como para el caso se requiere.

Tan luego como juzgan poder acopiar los víveres necesarios para el convite se avisa á todas las familias de la misma tribu y á los parientes de otras tribus, indicándoles el día del festín. Empero, como el jibaro se pinta como él solo para comer y divertirse á expensas de otro, concurren á más de los invitados otros que se convidan por sí mismos. El que debe hacer la fiesta,

unos siete días antes llama á los parientes más allegados y se ocupan en la caza de cuadrúpedos, monos y aves, y el último día en la pesca. Entre tanto las mujeres se dedican á la recolección de la yuca y plátanos, y á la confección del *masato*. El *masato* es obra exclusiva de las mujeres, á quienes alguna vez también ayudan los niños. Para la confección de esta asquerosa bebida cuecen la yuca, luego la mascan hasta formar con la saliva una masa bastante disuelta, que depositan en grandes ollas de barro destinadas *ad hoc*, que llenan hasta sus tres cuartas partes. La yuca así triturada y mezclada con la saliva, al poco tiempo fermenta y se produce una espuma muy semejante á la de la cerveza. Esta es la bebida tan apetecible para los jibaros como repugnante para los que no lo somos. Al tratarse de una fiesta preparan de cincuenta á cien vasijas, según la importancia de la fiesta y número de los convidados.

Desde la víspera del día señalado van llegando los invitados con sus respectivas familias y se reúnen al rededor de la casa, sin que ninguno penetre hasta ser llamados. Llegado el día y dispuesto todo, sale el dueño, y con un silbato, si lo tiene, ó con un grito que todos comprenden, llama á los comensales, é inmediatamente una muchedumbre de salvajes se precipita en la *sala* del festín. El dueño señala el lugar que cada uno debe ocupar durante la fiesta.

La *shanja* pintada y adornada se halla en el centro de la choza, colgada de un palo engalanado con ramos y flores. Una vez reunidos y cada uno en su lugar, empieza lo que podríamos llamar el servicio religioso. Todos están en silencio: el dueño pintado con rayas negras y coloradas en todas las partes desnudas del cuerpo, puestos sus mejores aderezos, se coloca frente de la *shanja*, la increpa, insulta, y la dice todos los disparates que se le ocurren. Cansado de gritar y gesticular se retira, y luego lo substituye en la ceremonia el más anciano, quien después de insultar á la *shanja*, relata con gran entusiasmo las costumbres y tradiciones patrias.

Terminado el *oficio* empieza el convite distribuyendo la yuca, plátanos, carne y pescado según la indicación del anciano que reemplazó al dueño de la casa en la dirección de la fiesta, y que por *delicadeza* reserva para sí la mayor y mejor ración. Los hombres, sentados en las *barbacoas* ó sobre trozos de madera, son servidos por sus respectivas mujeres. Durante la comida hay mucha charla y gritería. La pobre mujer es la víctima en estas orgías. Mientras los hombres conversan, comen y beben, la mujer sigue guisando y machacando yuca para la fermentación; luego se presenta delante de su marido con un plato de comida en una mano y un *mate* de *masato* en la otra: empero, como la naturaleza no permite estar siempre comiendo y bebiendo, es muy frecuente que la pobre mujer esté parada delante de su esposo ofreciéndole la comida y bebida, sin que éste, teniendo el estómago repleto, haga ningún caso de su mujer, que, por otra parte, no puede retirarse sin que el marido tome algo; de aquí que la infeliz esté en pie dos ó más horas. La pobre mujer, al ver á su marido harto y muy ocupado en conversar, para que no se le haga tan dura la situación deja el plato de comida en el suelo ó en la *barbacoa* y se entretiene en revolver

con la mano el *masato*, lamiéndose de cuando en cuando los dedos. Tan pronto como el marido ha tomado algo de lo que la mujer le ofrece, ésta se retira para tornar otra vez, y persevera así hasta la noche.

A medida que el día adelanta, el *masato* va produciendo su efecto, y bajo los vapores de la bebida los comensales se mueven, agitan y gritan, lo que da por resultado la rotura de platos y ollas, que, por ser de barro mal cocido, fácilmente se quiebran.

Baile.—Al llegar la noche se formaliza el baile. El dueño de la casa toma del palo la *shanja* y la coloca sobre su espalda; luego da la mano al anciano director de la fiesta, y si antes se ha nombrado una mujer para que cuide de las de su sexo durante la fiesta, tiene dicha mujer el privilegio de colocarse entre los dos. Todos los hombres enlazados de las manos forman un gran círculo, y así colocados dan vueltas al rededor del palo de que pende la *shanja*, entre convulsiones, visajes y gritos, formando una batahola capaz de estremecer al mismo *iguanchi*. Si las mujeres toman parte en el baile, que es casi siempre, éstas forman un círculo interior y concéntrico. Dejo á la consideración de los ilustrados lectores de *El Eco* lo que será este género de baile entre los salvajes medio borrachos. Algunos; por el exceso de la bebida, caen arrastrando á otros, lo que motiva gran gritería, risotadas y confusión: los que pueden se levantan, retiran al que ya no puede estar en pie, y sigue la danza. Rendidos por tanto jolgorio, colocan la *shanja* en el palo y se echan en las *barbacoas* para dormir. Las infelices mujeres siguen guisando y haciendo *masato* el resto de la noche, y apenas se les permite dormir un rato.

Al día siguiente se repite el mismo orden de ceremonias; y así los demás días que dura la orgía, que son de tres á cinco, según la provisión de víveres. El último día el director de la fiesta distribuye á cada familia un pedazo de carne cruda, reservando para sí el triple. Con esto se da por terminada la fiesta, y cada uno se retira á su choza.

Si los que han contribuido á la consecución de la *shanja* han convenido en celebrar por turno sus fiestas, los que faltan vuelven á observar con rigor la abstinencia y ayuno; y al que por turno le toca debe repetir la fiesta, pasada una luna ó más tiempo, si no tiene el acopio de víveres para el caso; y así sucesivamente los demás; por lo que el último debe guardar la abstinencia y ayuno por lo menos seis meses, si han sido seis los que han asesinado al infeliz que con su cabeza ha dado ocasión para que los demás se diviertan. La *shanja* pasa de uno á otro según el orden en que deben festejarla. Terminada la fiesta ó fiestas la abandonan en un rincón para diversión de los muchachos, ó la venden si hallan quien la compre. Desgraciadamente no falta quien se dedica á este infame comercio; lo que da ocasión á que algunas tribus se ocupen en la confección de *shanjias*, matando para el efecto á enemigos verdaderos ó supuestos. La tribu que no está en relación con los comerciantes la vende á la tribu que lo esté, por un *itipi*, *tarachi*, lanza ó cerbatana.

Los misioneros ponen todo su empeño no sólo en deterrar semejante tráfico, sino en impedir que se persiga á los enemigos para matarlos y hacer *shanjias*.

Fiesta del tabaco.—Los preparativos para esta ex-

travagante fiesta se reducen, como en la de las *shanjás*, á hacer provisiones de víveres y masato, aunque no en tanta cantidad, por ser menor el número de invitados. Ordinariamente concurren los parientes y vecinos más inmediatos. Como en la anterior, el más anciano es el que dirige la fiesta. Se come, se bebe y baila como dejo referido en la de las *shanjás*. ¿Por qué se llama *fiesta del tabaco*? Por el modo raro, asqueroso y brutal de tomar el zumo de esta solánea, y por la virtud que le atribuyen. Conocidas son las maneras de usar las hojas de esta planta, tanto por los aficionados como por los que no lo son. Los jíbaros la emplean de un modo tan original que no creo haya entre los lectores de *El Eco* quien se atreva á imitarlos, aun cuando entre ellos se hallara el más excéntrico de los *yankees*.

El uso que los jíbaros hacen del tabaco en la fiesta que describimos es el siguiente: El más anciano, director de la fiesta, toma una vasija, en cuyo fondo, hasta la mitad, coloca fragmentos de hojas secas de tabaco; poco á poco va llenando la vasija de saliva, mientras que con los dedos y la mano revuelve aquel *totum*, formando un líquido asqueroso y repugnante. Interin nuestro hombre se ocupa en tan útil tarea, los demás observan atentos la *manipulación*. Los adultos con cierta gravedad, y los niños con una *cara de tres dèus*, como dicen los catalanes; no hallo expresión más apropiada para manifestar el desagrado con que los niños contemplan los preparativos del forzoso tormento que les espera. Tan luego como el director de la fiesta, á fuerza de comprimir y estrujar las hojas del tabaco, ha formado el misterioso preparativo, toma un tubito, que llena del repugnante líquido por medio de una suave absorción hecha con la boca; otro salvaje trae un niño mayor de siete años, á quien sostiene por la espalda, mientras con un fuerte soplo le introducen por la nariz el líquido contenido en el tubo. El pobre niño llora, patalea, estornuda, pero nuestro hombre, impasible, repite la operación varias veces. Algunos niños llegan á sufrir vértigo. Entonces el que lo sostiene, muy satisfecho del éxito, exclama: *Mucho bueno*; y luego toma otro. Después se verifica la misma operación con los adultos. Si bien éstos no dan muestras de debilidad como los niños, no pueden evitar ciertos estremecimientos y lágrimas involuntarias. Este brutal modo de tomar el tabaco se repite los tres días que dura esta fiesta.

Este raro uso del tabaco tiene, según ellos, grandes virtudes; una de las cuales motiva esta fiesta, y es, la creencia ó preocupación de que así no les morderá el *macanchi*, nombre común á toda culebra venenosa. Si esto no obstante el *macanchi*, irrespetuoso á las virtudes de la nicotina, muerde al jíbaro nicotizado, se atribuye, no á la falta de virtud del tabaco, sino á la malevolencia de algún enemigo, que tarde ó temprano sucumbirá á la venganza del paciente ó de sus deudos.

Fiesta de las mujeres.—Cuando un joven jíbaro desea por primera vez casarse y formar nueva familia, prepara y cultiva una huerta ó chacra; al llegar los plantíos á cierto desarrollo, toma mujer, quien le ayuda en el cultivo de la huerta hasta la sazón de los frutos. Luego se hace la fiesta, que tiene por objeto obtener que la esposa sea trabajadora, en virtud del zumo del tabaco. A esta fiesta concurren de ordinario los pa-

rientes de ambos esposos. En todo es igual á la anterior, con la diferencia de que la mayor porción del misterioso líquido proveniente de la trituración del tabaco, se reserva para la esposa, á quien el director de la fiesta hace un largo sermón, que se reduce á manifestarle sus nuevas obligaciones, y como éstas colocan á la infeliz en un estado de verdadera esclavitud, escucha resignada lo que se le dice, que puede reducirse á lo siguiente: «Que ha de cuidar á su esposo de manera que nada le falte; que siempre ha de tener comida y bebida preparadas, y se la ha de ofrecer aun cuando no la pida; que no ha de permitir que la hierba crezca en la huerta; que los animales domésticos estén gordos, etc.» Esta es la única fiesta en que acostumbran bailar por parejas de hombre y mujer, separado uno de otro.

Tales son las fiestas clásicas y el modo celebrarlas. Esto no impide que alguna vez hagan otras por motivos especiales, como por ejemplo: cuando un jíbaro tiene abundancia de víveres; cuando desea conseguir que sus chacras sean fértiles; que los animales domésticos se multipliquen y no enfermen, etc.

En el breve tiempo que he vivido entre ellos no he podido averiguar de un modo satisfactorio de *quién* solicitan la laboriosidad de la mujer, la multiplicación y sanidad de los animales domésticos, la fertilidad de la chacra, etc., pues en todas estas fiestas no se les ve ningún ídolo que represente alguna divinidad ó poder superior. Si invocan la protección de algún ser superior, será sin duda el diablo, con quien comunican; pues como he dicho, de Dios tienen una idea muy vaga y oscura, y creen que no interviene en los asuntos de este mundo.

Ayunos.—Sorprende y choca hallar entre los jíbaros la práctica del ayuno, que observan con una fidelidad y escrupulosidad tal que sería de desear en muchos cristianos que, por la fe, no ignoran lo que importa este acto de mortificación. Estos infelices hijos de las selvas ayunan sin saber tal vez por qué, y dan tanta importancia al ayuno que no se dispensan de él por ningún motivo.

Se someten á un ayuno absoluto de tres días cuando desean ponerse en comunicación con el *iguanchi* (diablo) para consultarle algún asunto de trascendencia. Quizá de aquí han inferido que cuando desean conseguir algo que les interesa deben impetrarlo por medio del ayuno, como un medio suplicatorio; quizá sólo sea una práctica rutinaria que han aprendido de sus mayores.

El único ayuno de una privación absoluta de todo alimento es el que dejo referido, que precede á las fiestas de las *shanjás*. Los demás son de dos clases: uno, en que sólo comen frutos y pescado; y otro, en que se permiten comer carne de animal que no sea muerto á saeta ó lanza. En ambos se alimentan una sola vez al día con escasa cantidad de viandas cocidas y sin condimento; y si durante el resto del día sienten mucha debilidad, se permiten tomar un fragmento de yuca ó plátano.

A más de los motivos referidos, se sirven del ayuno para conseguir que el hijo sea sano y robusto; que el perro sea buen cazador, etc. Se ve que, en el fondo, consideran el ayuno como un acto suplicatorio, y quizá también expiatorio, ya que á todo asesinato precede y

sigue el ayuno. Se conoce al que ayuna por ciertas rayas negras con que se pintan algunas partes del cuerpo, y principalmente por una que pasando por el labio superior termina á raíz de ambas orejas. Los más fervorosos y confiados, durante el ayuno andan sin lanza, y si bien no todos observan esto, los que la llevan es tan sólo como arma defensiva.

LAS HERMANAS MISIONERAS EN EL CENTRO DE ÁFRICA

III

Ríos y bosques

EL día siguiente, á las cinco, el *Benedicamus Domino* vino á interrumpir el descanso de los viajeros y viajeras.

El paseo de la víspera sólo había sido un prelude. Tratábase ahora de emprender seriamente la marcha.

tra marcha, y llegan fatigadas al campamento. Los negros, divididos en grupos, cada uno con su hogar y su marmita, preparan los alimentos, que todos despachan con buen apetito.

El día siguiente tenemos que andar entre bosques, y las Hermanas se ven obligadas á renunciar al uso de la hamaca: profundos barrancos y árboles gigantescos interceptan los senderos, ofreciendo á cada paso incomodidades y peligros. A pesar de las recriminaciones de nuestros hombres, que se quejan de la rapidez de la marcha, el 4 de Agosto llegamos á la entrada del bosque de Mayumba. (*V. pág. 77*). Aquí descansamos antes de penetrar en esta inmensa espesura, pesadilla de todos los viajeros que se dirigen al interior. Las sombrías masas que se levantan ante nosotros, tienen, en efecto, un no sé qué de solemne y triste. Un inmenso barranco muestra en sus profundidades árboles amontonados por algún cataclismo en indescriptible desorden. Faltándoles el terreno, todos aquellos gigantes cayeron



ABISINIA (Africa Oriental).—Casa de la tribu de los boghos. (*Pág. 76*)

En un abrir y cerrar de ojos está en el fuego la marmita, y mientras despide grato olor que abre el apetito, vuélvense á sus sacos las camas, cobertores y objetos de campamento, hácese la oración de la mañana, se toma el desayuno, y en marcha.

Las Hermanas suben á la hamaca; pero las reiteradas sacudidas que produce este género de locomoción les hace creer que sus miembros se dislocan, y sólo al cabo de muchas horas se tranquilizan y empiezan á acostumbrarse á este vehículo africano.

A las diez y media vadeamos un río, en donde las hamacas y sus propietarias sienten la frescura de las ondas. En estos viajes se pueden fácilmente pillar reumatismos: el rocío de la mañana, siempre abundante en los países tropicales, y el paso frecuente de los ríos, son de lo más á propósito para contraer rápidamente graves enfermedades.

Plantamos las tiendas al otro lado del río, y pronto se forma una animada aldea. Las niñas retardan nues-

unos sobre otros, presentando ahora tan sólo sus secos esqueletos.

El sendero que debemos seguir linda con este precipicio, y el vacío que hay bajo nuestros pies pone los pelos de punta á los más valientes. Con todo, nos sentimos atraídos hacia el majestuoso bosque en el que, durante cuatro días, las montañas se suceden á las montañas y los ríos á los ríos... pero no nos anticipemos.

El bosque de Mayumba.—Refresco económico

Al amanecer todos estamos en pie, y nos encomendamos á los Angeles custodios. Las Hermanas se proveen de palos, y entran en el bosque cantando, con asombro de los negros, que no sospechaban tanta energía en mujeres blancas.

Todos nos extasiamos ante aquellos gigantescos árboles de variadas formas. Unos se elevan rectos hacia la región de las nubes, y su inmenso follaje forma una

bóveda sombría que impide penetren los rayos del sol, mientras otros, menos atrevidos, se enlazan con los mayores, y aprovechan su apoyo para proporcionarse un poco de luz. Diversas clases de mimosas se enlazan de rama en rama, describiendo caprichosas curvas. Debajo, mezquinos arbustos viven á la sombra en su húmeda soledad, y escasas flores á orillas del sendero parecen implorar una mirada del transeúnte. Las Hermanas las recogen, lamentando no poder adornar con ellas el altar del Señor.

Apenas llegamos á la primera aldea nos rodean multitud de niños suplicándonos les curemos sus asquerosas llagas; pero ¿qué puede hacer un remedio administrado así de paso? Con todo, queremos siquiera aliviarles, y pidiendo nuestra caja de medicamentos les curamos lo mejor posible.

A poco de proseguir la marcha, una de las Hermanas, que va delante, exclama gozosa:

—¡Albricias! ¡Refresco económico!

Había visto el primero de los setenta arroyos que tendremos que atravesar en el bosque. En seguida oye-se el grito de:

—¡Viajeros al coche!

Las Hermanas apresúranse á montar en las hamacas, mas la misma que había dado la señal, pierde el equilibrio y cae al agua. ¡Risa general y aplauso en toda la línea! La buena Religiosa se ve obligada á mudar de vestidos, pero continúa la marcha gozosa, si bien algo confusa por su «refresco económico.»

Henos ya en el monte Vungo. Arriba, el sendero serpentea entre los árboles, y ya algunos bagajeros

hacen oír sus cantos en las alturas, y nos invitan á seguirles.

La lluvia que no nos deja todas las tardes hace peligrosa la marcha por lo resbaladizo del suelo, y en las pendientes hay que tomar grandes precauciones para no sufrir frecuentes caídas que, si excitan la risa, no dejan de ser dolorosas.

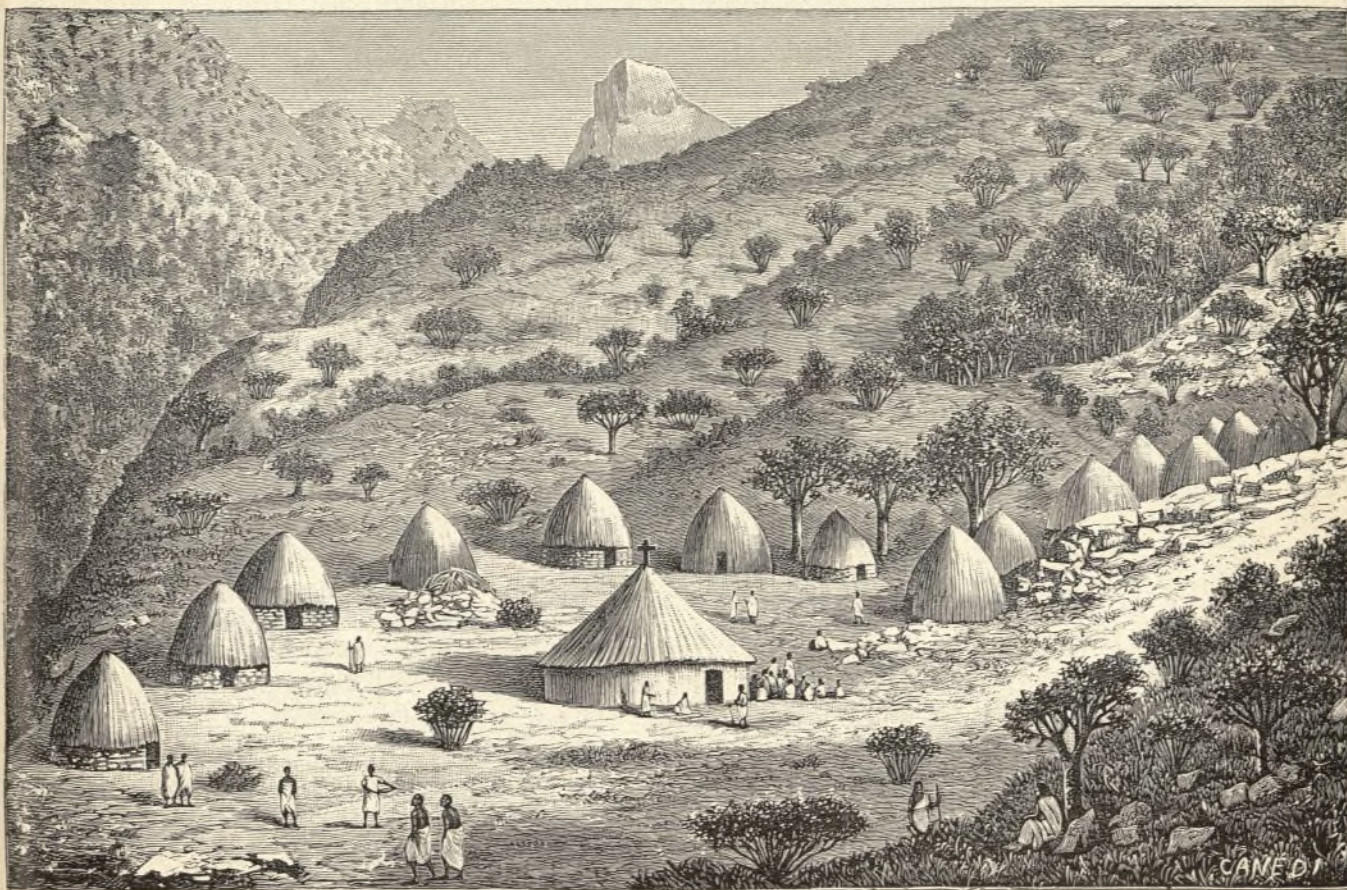
Abandonamos por fin la ruta de las caravanas, y nos dirigimos á una aldea en donde podremos acampar. Una colina enhiesta pone una vez más á prueba nuestras fuerzas, y rendidos de cansancio llegamos al pueblo, donde tomamos un descanso bien merecido.

Humedad.—Paso de un río.—Misa en el bosque.— Guerra al arador

Nuestra segunda jornada por el bosque no es menos fecunda en peripecias y fatigas. La humedad empieza á penetrarnos, y se apodera de nosotros una especie de tristeza. Por do quiera destilan los árboles gotas de rocío, y como si esto fuese poco el P. Le Meillour toma fortuitamente un baño de padre y señor mío. Al pasar un río muy ancho, el bagajero que conduce en hombros á dicho Padre (*V. el grabado de la pág. 73*), da un paso en falso y ambos caen al agua.

Por la tarde la Madre Superiora, fatigada en extremo, sube á la hamaca, pero la aspereza del camino se la hace sobremanera incómoda.

Pasado por fin el monte Bindmanzi, llegamos á la aldea del campamento.



ABISINIA (*Africa Oriental*).—Aldea de Charreki. (*Pág. 76*)

El día siguiente, 7 de Agosto, era domingo, y lo aprovechamos para descansar y tomar nuevo aliento con la oración. La situación de la aldea, sobre una altura, le permite dominar todos los valles de los alrededores. A lo lejos vemos las montañas que hemos de subir. Sus pendientes cubiertas de bosques, no revelan ciertamente que hayan concluido nuestras miserias. Muy de mañana arreglamos con gozo nuestro altar portátil, y ofrecemos el Santo Sacrificio, pidiendo á Nuestro Señor la gracia de la conversión para estos infelices pueblos paganos, que aun no lo conocen. Las Religiosas reciben la Sagrada Comunión para proseguir animosas, al día siguiente, el camino del bosque.

Empleamos la noche en poner nuestros pies en estado de continuar el viaje. En Africa todas las partes del cuerpo tienen su especial enemigo.

Sin hablar de esas enormes hormigas que atacan al pasajero y le muerden cruelmente, hay el arador ó pulga microscópica, que se adhiere á los dedos del pie y se instala con preferencia en las partes más sensibles, como son las uñas, donde se multiplica de una manera asombrosa. Así es que no podemos pasar por un sitio en que hayan acampados negros sin vernos literalmente invadidos. Las Hermanas tenían ya completo su contingente, y como es preciso hacer una pequeña herida para desalojar al parásito, en breve manan sangre los dedos.

Detenidos por esta indispensable operación, y llenos de nuevo ardor, nos internamos en el bosque. La niebla, que persiste todos los días, pone en lastimoso estado los caminos y causa innumerables caídas.

A las ocho llegamos á la segunda montaña. La Madre Superiora, siempre animosa, anda, sin embargo, con mucha pena, y la jornada le parece interminable. Todos sudamos la gota gorda, y nos sentamos á orillas del camino.

A las diez llegamos á la cumbre, y descansamos. Allí recrea la vista un vasto panorama, y aun dícese que por un claro se divisa el mar en tiempo sereno. No pudiendo verlo á causa de la niebla, damos un adiós al Océano que baña las costas de la patria, transportándonos con la imaginación al hogar paterno. Luego bajamos con rapidez las escarpadas pendientes de la montaña, y por el camino encontramos caravanas de negros que vienen de Brazzavilla con marfil á cuenta de las casas de comercio.

LOS INDIOS EN LAS LLANURAS DE LA AMÉRICA DEL NORTE

POR EL RDO. P. LEGAL, MISIONERO OBLATO DE MARÍA INMACULADA

IV

EL CALUMET

EL *calumet* ó pipa merece especial mención, pues juega importante papel en todas las fases de la vida salvaje. El grabado de la pág. 88 lo representa junto con el saquito para tabaco, hecho de piel. Los hay de varias formas; sin embargo, la muestra que

damos es el tipo principal. En todo caso, el hornillo y el tubo son dos piezas enteramente distintas: el primero es de piedra, ordinariamente roja ó negra, y el segundo de madera, siendo los calumets rojos los más estimados. Consiste en un trozo de piedra cortado en forma de T al revés, cuyos brazos, iguales entre sí, tendrán tres ó cuatro pulgadas de longitud; uno de ellos es hueco para recibir el tabaco; el segundo está perforado para que pueda introducirse el tubo de aspiración; el tercero, que es la prolongación en línea recta del segundo, sólo está perforado hasta la mitad, y termina en punta: en su cavidad se amasa el residuo tan conocido de los fumadores.

La forma de los calumets de piedra negra es mucho más variada, según la fantasía del artista. Generalmente son más cortos y sus líneas menos geométricas; pero parécense á una copa pequeña, angosta en la base, por la que se une á otra pieza maciza, con labores más ó menos artísticas, en la que se adapta el tubo.

Este aparece adornado muchas veces con ricas esculturas, cabezas de clavos, hilos de cobre, pinturas, rocalla, y si se trata del calumet de medicina ó sagrado, con dos series de plumas de águila, dispuestas en forma de abanico y teniendo la apariencia de dos alas, lo que hace de este objeto una especie de caduceo. Adornan también el calumet crines de diferentes colores, cabelleras de enemigos desollados en la guerra, variadas plumas, pieles de comadreja, cabezas de pájaros y otras curiosidades al estilo salvaje. Cuando se trata del calumet sagrado, el tubo, más bien que el hornillo, se considera como principal objeto de veneración.

El uso del calumet es absolutamente universal entre los salvajes. No se hace nada importante, ni en los consejos puede tomarse ninguna deliberación seria, sino entre nubes de la odorífera hierba. A las ceremonias religiosas; purificaciones, baños de vapor y sortilegios de los médicos hechiceros acompaña necesariamente el uso del calumet. Fumándolo se deciden las expediciones guerreras, y también fumando el calumet de paz se garantizan los tratados, y se afirman las relaciones de amistad entre las diferentes tribus anteriormente enemigas. Además, el salvaje hace uso constante, y aun puede decirse abusivo, del tabaco, al recibir á sus amigos, ó para su satisfacción personal.

En los consejos de la nación, en las ceremonias supersticiosas y los sortilegios obsérvanse ciertas prácticas particulares sirviéndose del calumet. El principal jefe ó conjurado fuma primero, después, empero, de haber encendido el calumet aquel á quien su rango de iniciación permite este honor. Entonces el jefe, al recibir la pipa, echa una bocanada de humo hacia el sol y otra hacia la tierra, dirigiendo súplicas al sol, á la luna ó á cualquier genio desconocido. Otras veces echa bocanadas de humo á los cuatro puntos cardinales.

Antes que el verdadero tabaco se hubiese extendido entre las tribus salvajes, no todas fumaban las mismas hierbas. Muchas cultivaban, sin embargo, una especie de planta que, usada en el calumet, daba un humo algo semejante al del tabaco. Ahora que éste es conocido en todas partes, los indios le mezclan ciertas hierbas ó cortezas que suavizan su acritud, y lo guardan, lo mismo que las hierbas para fumar, en saquitos de cuero,

adornados también con rocalla y franjas, lo que no carece de elegancia. A veces hacen estos sacos con pieles de animalitos y los cubren de adornos.

CONCLUSIÓN

Todos los grabados que os he enviado dan idea exacta de los objetos que usan los salvajes. No los describo más por extenso, primeramente porque no son de uso general entre todas las tribus que he designado con el nombre de salvajes de las Praderas, y luego porque las notas ya enviadas, que quise hacer brevísimas, han tomado imprevisto desarrollo.

Mucho pudiera añadirse para dar á conocer las extrañas costumbres de estos pueblos singulares, que tan largo tiempo han vivido enteramente separados del resto del mundo, y que, aun después de su contacto con la civilización, muéstranse obstinados en conservar, con sus antiguas tradiciones, las costumbres que heredaron de sus abuelos.

Por desdicha, no pocas de esas tribus muéstranse igualmente aferradas á sus supersticiones. A nosotros nos incumbe la tarea de disipar esas tinieblas, y de sembrar sobre esos restos la buena semilla que ha de dar más tarde flores y frutos de virtud cristiana; tarea de las más difíciles, y únicamente posible con auxilio de la divina gracia. ¡Que los asociados á la Propagación de la Fe se esfuercen en obtenernos del cielo ese auxilio que nos es tan necesario! ¡Que continúen, con sus oraciones y limosnas, cooperando á la grande obra de la civilización y evangelización de los infelices salvajes! Así tomarán parte en nuestros trabajos, sostendrán nuestro valor, y merecerán con nosotros la recompensa prometida al siervo bueno y fiel.

EN EL KILIMA-NDJARO

(ÁFRICA ORIENTAL)

POR EL P. ALEJANDRO LE ROY, MISIONERO APOSTÓLICO

III.—En ocio forzoso

Primeros obstáculos.—Likoni y los alrededores de Mombaza.—La caravana: su personal y material

A PENAS desembarcados instalamos nuestro campamento entre los árboles, junto á un antiguo pozo y frente del mar azul. (V. el grabado de la pág. 92).

Aquí tuvimos que permanecer cerca de cuatro días, como se desprende de las siguientes notas del diario:

«14 de Julio.—Instalación del campamento en Likoni. En busca de los bagajeros que han desertado, ó de quienes les reemplacen: nada hemos conseguido.

«15.—Continuamos buscando bagajeros, y ni siquiera encontramos víveres para los que nos quedan: es preciso comprar arroz en la ciudad, pues aquí no hay nada.

«16.—Llueve todo el día. Para comer sólo tenemos una tórtola, y para cenar, una langosta. Hoy hemos contratado cinco bagajeros, y partiremos mañana.

«17.—Durante la noche han desaparecido seis bagajeros...

Así perdemos el tiempo.

Esta parte de la costa, como el islote de Mombaza (V. pág. 61) y casi todo el litoral del Este africano, descansa en una capa de madréporas, combatida durante siglos por las olas y el viento, que la han cortado en agudas puntas, formando en ella grutas profundísimas. La tierra vegetal es aquí menos densa que en el Sur, hacia Bagamoyo. No obstante, la cultivan con provecho, y produce el cocotero, que en gran número rodea el islote de Mombaza con una semicorona de verdura tropical, el manga (1), la pomocanela (2), el naranjo (3), el limonero (4), el jaquir (5), el anacardo (6), del cual se utiliza el fruto y la madera; y en la llanura pedregosa, donde no hay árboles cultivados, levántase la palmera dum (7).

A trechos, y entre el verdor de los campos, se ven algunas cabañas de forma rectangular: el pueblo que las habita, mezca de suabilis, digos y esclavos de toda procedencia, más ó menos musulmanizados, parece que poco ó nada se preocupa de las graves cuestiones que se agitan en tantos otros puntos de nuestro mundo sublunar. Los muchachos llevan algunas vacas á los pastos, en terrenos cercanos al mar; las mujeres cultivan yuca, patatas, alubia, alfónsigos (8), maíz, sorgo, etc., y los hombres se dedican especialmente á la fabricación de vinos de palma. Sabido es que este vino, suministrado por todas las especies de palmeras, es simplemente la savia del árbol. En el cocotero se obtiene cortando la base del racimo que había de dar las flores y los frutos, y poniendo un recipiente debajo: en cuanto á la palma dum, que es menos preciosa, se cortan las ramas, dejando solamente una ó dos hojas, y se la abandona á su suerte: algunas mueren y otras vegetan. La cosecha se hace tres veces en veinticuatro horas, dando cada vez cosa de un litro de líquido. Este, cuando fresco, es blanquecino, azucarado y ligeramente nauseabundo: al cabo de un día de fermentación es áspero y embriagador: dejándolo algún tiempo al aire se convierte en excelente vinagre.

Los indígenas se dedican también á la pesca: unos en alta mar con redes, y otros en la bahía aprovechan el flujo y reflujo para construir barreras, en las cuales entran los peces durante la marea alta, quedando presos cuando las aguas se retiran, de suerte que los cogen con la mano. (V. el grabado de la pág. 89).

Recorriendo los alrededores podemos convencernos de que este pueblo, relativamente sencillo, dista mucho de sernos hostil. Los niños nos rodean, y apenas han advertido que, para distraernos, el P. Augusto Gommenginger y yo buscamos insectos, cuando á porfía nos traen escarabajos, gorgojos, moscas, etc., llamándonos la atención un coleóptero, de quince á veinte milímetros, poco rico en colores, y cuyas alitas dejan al des-

(1) *Mangifera indica*. L.

(2) *Anona squamosa*. L.

(3) *Citrus aurantium*. L.

(4) *Citrus limonum*. Risso.

(5) *Artocarpus integrifolia*. L.

(6) *Anacardium occidentale*. L.

(7) *Hyphæne Thebaica*. Mart.

(8) *Arachys hypogæa*. L.



ABISINIA (Africa Oriental).—Abisinios bebiendo el hidromel. (Pág. 76)

cubierto parte del cuerpo. Encuéntrase en abundancia bajo las hierbas secas de un campo recientemente arado; los sabios lo llaman brachino (1), y los simples mortales bombardero, por la razón de que cuando se le quiere coger, lanza con fuerza por el ano algunas gotitas de un líquido cáustico que se evapora inmediatamente, produciendo un estrépito bastante fuerte para asustar á una mosca y maravillar á un hombre. (V. la pág. 88).

Hablemos ahora de nuestra caravana.

El 17 por la mañana vuelven los seis individuos que habían desaparecido la noche anterior. Se conoce que han hecho frecuentes libaciones; pero por fortuna sus piernas están suficientemente firmes. Pretenden que su amor á la familia les ha movido á despedirse nuevamente de ella. La excusa, aunque plausible, provoca una sonrisa de incredulidad. No obstante, callamos y empréndese la marcha.

Acompañamos al Ilmo. Courmont dos misioneros y dos jóvenes cristianos. Forma también parte de la comitiva Solimán, nuestro cocinero, que nos es fiel y muy adicto, y tiene además la habilidad de indicarnos la hora cuando se paran ó desarreglan nuestros relojes. Nada le lisonjea tanto como el preguntarle en qué punto se halla el sol. En cuanto á la luna, no hay más que pedir, es su íntima amiga. El pobrecito viejo, aunque al-

go enfermo, ha querido seguirnos. Su mal consiste en lo que en lenguaje francés culinario llama *un rhume à son jambon*. Los iniciados en su lenguaje comprenden que se trata de un reuma en el muslo.

El número de los bagajeros llega á cuarenta, y cada sección tiene su jefe.

Si deseáis saber cuánto pueden llevar estos cuarenta hombres, os diré que cada uno, á más de su batería de cocina, sus provisiones particulares y su fusil, carga en la cabeza ó en los hombros, á su voluntad, un peso de treinta kilos. Componen este bagaje tres clases de tela, dos de lienzo rojo, y dos de algodón; distintos objetos de lencería de forma y colores variados; cobertores, carretes de alambre; cuentas de vidrio de diferentes colores y tamaños; azadones, hachas, cuchillos, jabón, limas, cadenas de oro y plata (á tres sueldos la docena); espejos, hilo, agujas, campanillas, collares, cintas, bramante, fósforos, petróleo y bujías, y además nuestras provisiones, una farmacia, algunas conservas, café, aceite, vinagre, té, azúcar, arroz, judías, tres tiendas, un altar portátil, una hamaca, tres barriles de pólvora, cien cartuchos, cuatro botellas de ron y un cántaro de agua, la que se renueva á cada río, arroyo, torrente, fuente, lago ó estanque que encontramos al paso.

Desde Zanzibar, los cargos están distribuidos del modo siguiente:

El Ilmo. Courmont indica el itinerario general y escoge el campamento.

(1) *Brachinus erepitaris*.

El P. A. Gommenginger atiende á la cocina, compra los víveres, y trata con Solimán la grave cuestión *bucólica*.

El P. A. Le Roy tiene á su cargo la caravana y la marcha de la expedición.

Dispuesto todo, á las nueve almorzamos, acomodanse los bagajes, y en marcha.

VIAJE AL SINAÍ

POR EL R. P. MIGUEL JULLIEN, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

XI

Las codornices y el maná en el desierto de Sin

DESPUÉS de una deliciosa noche pasada, como los hebreos, en la tienda y á orillas del mar, dejamos que los camellos sigan su sendero por entre la costa acantilada, mientras nosotros andamos paralelamente por la arena con objeto de recoger corales y vistosos mariscos en que abunda el mar Rojo. De todas las curiosidades que éste encierra sólo vimos un singu-

el límite de las olas, y nos recuerdan los *Rytiploca tinctoria* y *Corallina officinalis* que aparecen en ciertas costas de Siria después de la tempestad. Estas algas dieron sin duda origen al nombre hebreo de *Fam Suf* con que Moisés designa este mar; pues *Fam* significa mar, y *Suf*, algas. Parece asimismo natural admitir que el nombre de mar Rojo, empleado por los geógrafos clásicos y por los Setenta en la versión griega del Pentateuco, procede del color de estas algas. Los sabios, sin embargo, han emitido diferentes opiniones sobre el particular, y la más aceptada hoy día es la que hace derivar el nombre de mar Rojo de los pueblos relativamente rojos, himyritas y fenicios, que habitaban sus orillas.

Los peñascos, cada vez más próximos al mar, limitan el paisaje con un imponente promontorio, el Djebel-Nochel.

Dámosle vuelta, y ofrécese á nuestros ojos una vasta llanura pedregosa, rodeada al Norte por montes negros como masas de hulla, y cerrada al Este y al Mediodía por un muro de sombrías peñas. Únicamente las angostas y negras aberturas de dos ó tres torrentes rom-



ABISINIA *Africa Oriental*.—Mujeres abisinias comiendo carne cruda en el festín de los funerales de uno de sus parientes. (Pág. 76)

lar pescado verde y azul como el más bello papagayo, que pesaría unos tres kilogramos. Examinándolo de cerca, pudimos reconocer que sus vivos y extraños colores residen principalmente en pequeñas verrugas que le cubren todo el cuerpo: los naturalistas le llaman *Balistes verrucosus* (Schn.).

Largas hileras de algas rojizas señalan en la arena

pen esa muralla, dominada por las crestas enteramente desnudas de encumbrados montes. El nombre de esta llanura, El-Marcha, significa tierra surcada por las aguas. A haberla visto el Dante, seguramente la hubiera descrito como el umbral del infierno.

La entrada de los negros barrancos en que vamos á internarnos durante quince días nos llena de pavor, y

debió aumentar la natural inquietud del pueblo de Israel: así es que el Señor no responde á sus murmuraciones contra Moisés y Aarón sino con dos milagros de su bondad.

Allí fué, en efecto, en el desierto de Sin, á donde llegaron los israelitas el día 15 del segundo mes, treinta días después de su salida de Rameses. Encontraron dos fuentes en la parte septentrional de la llanura, cerca de los negros declives del Djebel-Marcha: una de ellas, A'in Dhafary, es dulce, y la otra, A'in El-Marcha, mana hoy aguas salobres. Sus rebaños pudieron dispersarse en esta vasta extensión de veintidós kilómetros de largo por cinco de ancho, y pacer multitud de plantas salinas y espinosas.

Hasta aquí los hebreos no se han quejado por falta de alimentos, pues les han bastado sus provisiones y rebaños; pero ante la perspectiva de internarse por tiempo indefinido entre montes sombríos, como no los ha visto tan imponentes en los desiertos que acaba de recorrer, y mucho menos en Egipto, se asustan y murmuran contra sus jefes: «¡Ojalá hubiésemos muerto á manos del Señor en la tierra de Egipto, cuando estábamos sentados junto á las calderas llenas de carne, y comíamos pan cuanto queríamos! ¿Por qué nos habéis traído á este desierto para matar de hambre á toda la gente (1)?»

Como respuesta á estas murmuraciones, Dios dice á Moisés: «Voy á hacer que os llueva pan del cielo: salga el pueblo, y recoja lo que basta para cada día; pues quiero probarle, á ver si se ajusta ó no á mi ley (2).»

«Aun estaba hablando Aarón á toda la muchedumbre de los hijos de Israel, cuando volviendo ellos los ojos hacia el desierto, he aquí que la majestad del Señor se apareció en medio de la nube, desde donde habló el Señor á Moisés, diciendo: He oído las murmuraciones de los hijos de Israel. Diles: Esta tarde comeréis carnes, y á la mañana os saciaréis de pan; con lo que sabréis que Yo soy el Señor Dios vuestro. Llegada, pues, la tarde, vinieron tantas codornices, que cubrieron todo el campamento; y por la mañana se halló esparcido también un rocío al rededor de él; el cual habiendo cubierto la superficie de la tierra, quedó en el desierto sobre el suelo una cosa menuda, y como machacada en almirez, semejante á la escarcha que cae sobre la tierra. Lo que visto por los hijos de Israel, se dijeron unos á otros: ¿Manhú? que significa: ¿Qué es esto? Porque no sabían qué cosa fuese. A los cuales dijo Moisés: Este es el pan que el Señor os ha dado para comer (3).»

«Y la familia de Israel llamó á aquel manjar Man ó Maná, el cual era blanco, del tamaño de la simiente del cilantro, y su sabor como torta de flor de harina amasada con miel (4).»

«Y los hijos de Israel comieron maná por espacio de cuarenta años, hasta que llegaron á tierra poblada en los confines de la tierra de Canaán (5).»

A principios de Mayo llegaron las codornices al desierto de Sin. Procedentes de la costa egipcia, atrave-

saron de noche el golfo, favoreciéndolas el viento, y cayeron muertas de fatiga al pie de la inmensa cortina de los montes sinaíticos, «tan espesas como los granos de arena de la playa (1).»

Todo esto guarda relación con las costumbres de aquellas aves. Las codornices, en efecto, pasan el invierno en Africa, y en primavera van á los países del Norte. Su emigración se verifica siempre en grandes bandadas. Como no es poderoso su vuelo, atraviesan el mar por los puntos más estrechos, y no parten hasta que la dirección del viento favorece su travesía. Ordinariamente viajan de noche, y durante el día descansan y buscan el alimento. Son entonces tan numerosas en las costas africanas del Mediterráneo y en las islas, y están tan fatigadas por el viaje, que los habitantes cogen gran número de ellas á la mano en nidos previamente dispuestos, y en defecto de fusil las derriban con palos, pues á causa del cansancio vuelan muy bajo y se posan á corto trecho.

Recuerdo que en la costa de Alejandría vi un grupo de jóvenes cazadores que en un día mataron quinientas codornices. En aquella estación se daban casi de balde, y los buques las llevaban por millares á Marsella.

Dios se sirvió, pues, de las costumbres naturales de estas aves viajeras para llevar á cabo sus designios, disponiendo todas las cosas de modo que llegasen en considerable número cerca de las tiendas de Israel, en el momento que dispuso y reveló á Moisés. En esto consistió el milagro.

Cosa muy distinta fué el prodigio del maná, destinado á ser figura del milagro de los milagros, la Sagrada Eucaristía.

Aquí la substancia es nueva, y sus propiedades tan maravillosas que las ciencias naturales nada tienen que ver con ella. Los hebreos y el mismo Moisés, que había morado en el país, la desconocían enteramente (2). Nutre al pueblo durante cuarenta años, y cesa de caer desde que Israel puede coger trigo en la tierra de Canaán (3). Todos los días, excepto el sábado, cae por la mañana en donde quiera que acampen los israelitas. Hay para todos, un gomor por cabeza (4), y el que más coge no por eso tiene más. Inútil es reservarlo para otro día, pues se derrite con el sol, y la mañana siguiente se encontraría corrompida y llena de gusanos. La víspera del sábado, sin embargo, se toman dos medidas de gomor por persona, y la parte conservada para el día siguiente no se corrompe (5).

Por orden del Señor, Moisés dice á Aarón: «Toma un vaso, y echa en él todo el maná que pueda caber en un gomor, y colócale delante del Señor, para que se conserve en vuestra posteridad (6).»

Dios multiplica así los milagros en el origen de la ley mosaica, como lo había de hacer más tarde en el

(1) Exod. xvi, 3.

(2) Ibid.

(3) Ibid. 10-15.

(4) Ibid. 31.

(5) Ibid. 35.

(1) Psalm. lxxvii, 27.

(2) Deut. viii, 3.

(3) Jos. v, 12.

(4) El gomor ó o'mer tenía una capacidad de tres litros.

(5) Exod. xvii, 17... 24.

(6) Num. xi, 8.

principio del Cristianismo. Estos medios sobrenaturales convienen á la fundación de una Religión sobrenatural. Además, socorriendo los cuerpos para atraer las almas, acomódase con paternal bondad al espíritu grosero y sensual de un pueblo degradado por larga esclavitud.

Tarea muy ingrata por cierto han emprendido los modernos racionalistas que pretenden descubrir el maná de los hebreos en los productos naturales de la península sinaítica. Muchas substancias azucaradas y ligeramente purgantes que fluyen de diversos árboles han recibido por analogía el nombre de maná. La secreción del fresno es el maná de Calabria y Sicilia, y la de la encina es el del Kurdistan y Mesopotamia. El *Alhagi Maurarorum* (D. C.) segrega el maná de Persia, y la planta *Tamarix gallica*, el del Sinaí, que los mismos beduinos denominan *man*. Estas dos últimas se encuentran en la península sinaítica. Vano empeño ha sido, empero, querer identificarlos con el maná del Exodo.

El *Alhagi Maurarorum*, llamado también *Manna Hebræorum* (Don), es una planta de la familia de las leguminosas, de dos pies de altura, casi sin hojas, de ramas muy divergentes, que en verano se cubre de hermosas florecillas rojas, y suda, en forma de granitos amarillentos, una substancia gomosa y azucarada, el maná de Persia y el de Alhagi.

Abunda esta planta en los terrenos incultos de las regiones tropicales y subtropicales del Asia y del Africa; pero el maná sólo se coge en Persia y en los alrededores de Herat y Kandahar. Todos los años se transportan dos mil libras á la India Septentrional, en donde se emplea como azúcar en los pasteles y otras golosinas. Nunca imaginó nadie recoger este maná en la península sinaítica, pues la planta, menos abundante que en Persia y Egipto, sólo suministraría pequeñas cantidades.

Así los racionalistas prefieren adjudicar al tamarindo el honor de haber alimentado al pueblo de Israel durante cuarenta años. Este tamarindo es semejante al de Francia, pero de mayores dimensiones. Las picaduras de un insecto, el *Coccus Manniparus* (H. y Ehr.), hacen fluir de las ramas tiernas una goma que se liquida con el calor del sol, como gotas de rocío: tal es el maná del Sinaí.

Los beduinos lo recogen mezclado con hojas secas, y después de tamizado con un lienzo, lo conservan en sacos de cuero. Cómenlo con pan como nosotros la miel, cuyo gusto tiene.

Por más que haya suficientes tamarindos para formar bosquecillos en los uadis Gharandel, Feirán y Ech-Cheik, la producción anual en la península, según Burckhardt, no excede de seiscientas libras.

Hubiera sido menester tres mil veces otro tanto, como nota un miembro de la expedición inglesa (1), para alimentar al pueblo de Israel un solo día.

Adviértese además que, según el análisis de un sabio químico, M. Berthelot, la goma del tamarindo no es apropiada para alimento, toda vez que carece de principios azoados (2).

Tampoco posee ninguna de las propiedades maravillosas del maná bíblico. El del Sinaí sólo fluye durante seis semanas, y tanto el sábado como los otros días, no se corrompe, antes bien se conserva un año y más; cada uno tiene lo que recoge, ni más ni menos, etc.

Ciertamente es preciso estar ciego por el vivísimo deseo de suprimir un célebre milagro, para ver el maná de Moisés en la exudación azucarada del tamarindo: tanto valdría confundir el cielo de los bienaventurados con el de los astrónomos.

¡Cuál no fué nuestro gozo al hacer bajar desde el cielo á nuestra humilde tienda, en medio de tan espantosas soledades, el verdadero Maná celestial, *omne delectamentum in se habentem, et omnis suavitatis saporem* (1), del que el de los hebreos sólo fué figura! Señor, no permitáis que como el pueblo prevaricador, que tomó hastío al maná, nunca nos suceda, por nuestras faltas, perder el gusto de la Sagrada Eucaristía.

LA CONGREGACIÓN DE LA MISIÓN

HE aquí el simpático y modesto nombre con que se distingue esa agrupación de varones meritísimos, modelos de ciencia y de virtud, quienes esparcidos por el mundo, se ocupan con la mayor asiduidad y cristiana abnegación en derramar por todas partes la luz del Evangelio, edificando con su ejemplo y enseñando con su palabra.

Esta admirable Congregación fué fundada por San Vicente de Paúl en el año de 1624 á instancias de la Sra. Gondi, condesa de Joigni, que proporcionó los primeros fondos para dar principio á la grande y civilizadora empresa que tantos y tan magníficos bienes ha producido en el mundo.

Urbano VIII en su Bula de 12 de Enero de 1626, constituyó á San Vicente de Paúl como superior de todos los que se reunieran á él para trabajar en favor de las almas, ya como misioneros, ya como institutores y protectores de la infancia.

Esta Congregación religiosa se recomienda en muy alto grado por mil fundados motivos. La sabia dirección que tiene es en gran manera digna de todo elogio.

Basta entrar en la casa en donde habitan los hijos de San Vicente, para admirar allí el orden, la disciplina, la obediencia más absoluta, la humildad más intachable, la austeridad más heroica, el silencio más tranquilo. No hay momento desocupado para nadie: todos están en pie desde las cuatro de la mañana, hora en que empiezan las oraciones comunes que preceden á la meditación; y terminada ésta á las cinco y media, cada uno se dedica á las funciones que le están encomendadas. La oración y el trabajo son su elemento.

La autoridad la ejercen los superiores de un modo tan suave, que puede decirse que allí no se manda, sino que se hacen paternales insinuaciones, que son obede-

(1) E. S. Palmer: *Sinai*, p. 195.

(2) *Comptes rendus de l'Academie des Sciences*; Sept., 1861.

(1) Sap. xvi, 20.



AMÉRICA DEL NORTE.—Calumet y saquito para el tabaco. (Pág. 82)

cidas al instante con la más estricta puntualidad. Se adivinan los pensamientos y se dan órdenes importantes con una simple pero elocuente mirada. Parece que una gracia especial de Dios hubiera implantado en esas Comunidades los dos grandes principios constitutivos de toda buena Asociación: saber mandar y obedecer.

La ilustración de los hijos de San Vicente es profunda y sólida. Son fuertes en Historia eclesiástica y profana, en Filosofía, Teología, Cánones, Liturgia, Ciencias naturales, Literatura; conocen á fondo y es para ellos muy familiar el Latín, y muchos de los Lazaristas poseen varios otros idiomas con perfección. Su predicación es sencilla, enteramente apostólica, cual se requiere para llevar el convencimiento á los que escuchan y conquistar el corazón menos sensible.



AFRICA ORIENTAL.—Extracción del vino de palma en la palmera dum. (Pág. 83)

Las funciones del culto divino las celebran con majestuosa gravedad.

Son cuatro los principales objetos de esta Congregación: formar sacerdotes virtuosos é ilustrados en los Seminarios mayores; educar jóvenes en los Seminarios menores; dirigir en lo espiritual las casas de las Hijas de la Caridad, y dar Misiones. Las puertas de sus conventos están siempre abiertas para los que quieran purificar su conciencia, ó para los que soliciten algún consejo prudente y sabio en cualquier situación difícil de la vida. Y éste es uno de los puntos en que más particularmente debemos fijarnos; porque ellos han venido á ser como el complemento de la familia cristiana, cuyos resortes empezaron á debilitarse con la relajación general de las costumbres.

El mayor elogio que puede hacerse de los hijos de San Vicente, lo hizo Su Santidad León XIII en el día



AFRICA ORIENTAL.—Cómo el bombardero se libra de un importuno. (Pág. 84)

en que se presentaron los Lazaristas á felicitarlo por su Jubileo Episcopal.

He aquí lo que dice un periódico al dar cuenta de la entrevista de los Lazaristas con el Papa:

«Entonces tuvo lugar la presentación de los miembros de las dos Comunidades. El Santo Padre correspondía con benévolas palabras á muchas de las manifestaciones que se le hacían, á medida que cada uno llegaba á arrodillarse delante de él para besarle la mano y recibir la bendición.

«Cuando se le presentó el misionero que representaba la provincia de Prusia, le dijo:

«—¿Sois de Prusia, y es allí donde residís?

«—No, Santísimo Padre.



AFRICA ORIENTAL.—Barrera de pescadores en la bahía de Mombaza. (Pág. 83)

«—¿Dónde, pues, residís?

«—En Teux, en Bélgica: no nos es permitido entrar en Prusia.

«Entonces el Soberano Pontífice, dirigiéndose al cardenal Kopp, le dijo:

«—He aquí uno de vuestros compatriotas, quien deseará mucho volver á Prusia; *es necesario ayudarle á entrar allí.*

«Cuando se presentó Mons. Juan Bautista Manzi, recordó el Papa que había sido honrado este lazarista con títulos académicos por sus conocimientos en las ciencias físicas, como monseñor Armand David lo fué, por sus notables trabajos sobre las ciencias naturales.

«León XIII volviéndose entonces hacia Mons. Bisletti, uno de sus camareros secretos, dijo en alta voz:

«—Aquí tenéis verdaderos sabios.»

tólica, que nada es más verdadero que su revelación, y que esa eternidad inmutable á pesar de todas las vicisitudes de los pueblos, se ofrece como una garantía de triunfo permanente y existencia inmortal para la fe.

En este *Viaje Bíblico* Mons. Soler ha establecido la verdad con pruebas incontestables; ha pasado en revista las obras de los sabios y los monumentos que concurren á vigorizar la autoridad de los Libros Santos; y como digna coronación de la obra ha estudiado el estado presente de los pueblos que habitan lugares, hechos inmortales por la historia, de Asiria y Caldea; y concluye predicando la admirable y feliz unión de las Iglesias latina y oriental como una nueva garantía del triunfo y de la vida inmortal de la fe católica.

Este *Viaje Bíblico* es obra de filósofo, de sabio y de creyente, y de él transcribimos las siguientes

PALABRAS DE INTRODUCCIÓN

Antes de empezar el relato de mi viaje á través de la Mesopotamia, quiero explicar cómo se engendró en mi espíritu el deseo vehemente de realizarlo, y por qué, realizado ya, le he dado el título de *Viaje Bíblico*.

Esto me dará, por cierto, asaz materia para el exordio; y creo que además de cumplir con las exigencias de esta parte obligada de toda obra, lograré comunicar á los lectores mis subidas simpatías por una excursión que, si tiene bastantes dificultades é incomodidades en su ejecución y una atracción, algo más que medianamente extraordinaria, por la amenidad de los paisajes y variedad de usos y costumbres en la actualidad de

VIAJE BÍBLICO

OFRECEMOS á los lectores la introducción de la obra *Viaje Bíblico* del ilustrado obispo de Montevideo, Dr. D. Mariano Soler, destinada á probar la armonía que existe entre la fe y la ciencia.

Mientras la impiedad cree que en el porvenir triunfará sobre la Religión la ciencia independiente de la fe, y quiere probar contradicción entre ambas, las mismas conquistas de los sabios, sus descubrimientos y hallazgos sirven para probar que la verdad está en la fe ca-

aquellas regiones; es más interesante de lo que podía creerse bajo otros múltiples aspectos, especialmente bajo el científico y el de los maravillosos descubrimientos de que ha sido teatro el suelo de Mesopotamia, regado de monumentos que desde los Imperios más antiguos casi nos conducen hasta la cuna del género humano y las civilizaciones primitivas.

En efecto: el siglo que va á terminar y que ha producido tantas maravillas, este siglo tan extraordinariamente fecundo en invenciones y hallazgos de todo género, ha visto realizar también en los diversos ramos de la historia los descubrimientos más imprevistos y sorprendentes; y con esta particularidad, que los ha visto convertidos, contra su propia expectativa, en las más brillantes conquistas para la Religión por la ciencia, como si la Providencia nos quisiera preparar para las conquistas científico-religiosas del porvenir.

Y en verdad; este siglo tan prodigioso y activo ha encontrado y descubierto poderosos imperios, sociedades famosas y ciudades espléndidas que habían ignorado todos los historiadores; y ha forzado á todos los testimonios antiguos de las edades desaparecidas á hablarnos con lenguaje comprensible al través de sus enigmáticas escrituras y perdida lengua.

El ha logrado que la esfinge egipcia entreabriese sus labios cerrados desde siglos; que las pirámides revelen el misterio de las apartadas generaciones que las erigieran; que las necrópolis, los laberintos, los obeliscos, los sarcófagos, los hipogeos y los templos nos refieran sorprendentes y verídicas historias que antes cubría el más profundo misterio.

Y como si esto no bastara, ha conseguido también que el suelo árido de las extensas y silenciosas llanuras de la Mesopotamia se entreabra á las investigaciones de los sabios, cuya piqueta ha arrancado para la arqueología los tesoros más preciados de la más remota antigüedad; que palacios y edificios admirables y hasta capitales enteras, en otro tiempo señoras del Asia, surjan como por encanto de sus entrañas polvorientas, convertidas desde siglos en tumbas de ciudades inmensas, cuyo rastro había desaparecido de la faz de la tierra, aunque fuesen tan soberbias como Ninive y Babilonia.

Y he aquí que ha obligado á esas vetustas y orgullosas ciudades á contarnos su historia, sus instituciones y prodigios; y á fuerza de los más tenaces y profundos estudios ha conseguido que los extraños caracteres que cubren sus murallas y monumentos, lleguen á ser legibles y claros cual si fueran una inscripción latina ó francesa.

Tamañas conquistas para la etnología y la filosofía de la historia han asombrado á los mismos sabios; y esos descubrimientos maravillosos y fecundos constituyen el prodigio más admirable de la paciencia y del genio humanos.

Los antiguos asirios y caldeos, aquellos sumires y accades, que casi humedecieron sus plantas en las aguas del diluvio, y los que desde las llanuras del Senaar recomenzaron la población del mundo, llegando á constituir imperios maravillosos, han reaparecido en la escena del mundo, levantando la losa sepulcral que los cubría, para contarnos lo que fueron y lo que hicieron, y nos han asombrado.

La experiencia de los siglos más remotos y primitivos no se ha perdido para eslabonar la cadena del progreso de la humanidad, y millones de hombres y generaciones innumerables han resucitado en los fastos de la historia para decirnos que no habían en vano pensado, sufrido, construido, luchado y escrito durante tantos miles de años; pues hemos encontrado su historia, sus trabajos, sus ideas, sus monumentos, y nos han indicado la marcha de sus progresos en esa peregrinación de la caravana humana hacia el ideal divino de la civilización, aspiración perenne de las sociedades, mientras no llegue la consumación de los siglos.

El día en que, después de veinte años de trabajo heroico, Champollión logró descifrar los misteriosos jeroglíficos que cubren los templos del viejo Egipto, cuyo sentido en vano había sido buscado durante más de mil años; el día en que de las arenas del desierto de la Asiria, los sabios Botta y Layard hicieron surgir ante los ojos de las poblaciones estupefactas, ciudades y palacios gigantescos; el día en que Rawlinson y Oppert lograron descifrar los libros de terracota ó de ladrillos cocidos al fuego que, como páginas escritas con misterioso simbolismo, contenían las bibliotecas olvidadas desde tres mil años en el polvo en que yacían los soberbios palacios de Ninive y las inscripciones cuneiformes de Babilonia, esos días y esas fechas pueden enumerarse en la historia con letras de oro, como aquel en que Colón vió por vez primera surgir de la sombra azul del ignoto Océano la imagen colosal del Nuevo Mundo. Porque en verdad, los sabios modernos han descubierto mundos antiguos perdidos en el mapa y en la historia, haciendo revivir una humanidad desaparecida...

Este prodigio han realizado los infatigables orientalistas, y por eso es de creer que no está lejano el día en que los americanistas realicen igual maravilla con relación á las civilizaciones prehistóricas de América indígena, contemporáneas quizás de los asirios, caldeos, y egipcios.

La egiptología y asiriología, esas dos ciencias maravillosas con que se ha enriquecido la Arqueología moderna, han realizado, por tanto, los más prodigiosos descubrimientos, como quiera que á la luz de la ciencia actual, un pasado que parecía perdido para siempre en la noche de los siglos, ha salido del olvido para ocupar un lugar notable en la historia de la humanidad; y pueblos famosos que semejaban sepultados para siempre, renacen de repente cuales eran en realidad.

Volvemos á ver sus monumentos y sus artes, y su ciencia y sus tradiciones y su genio, y llegamos á ser testigos de sus dolores y de sus glorias, y conocemos sus ideas, sentimientos y creencias, y nos hacen comprender hasta qué punto el presente es hijo del pasado, según el gran principio filosófico y dogmático de la solidaridad y reversibilidad humana.

Es imposible no admirar los prodigios del genio humano; pero menos aun la dirección providencial de los progresos de la ciencia, que siempre resultan en apología de la Religión, especialmente en las épocas en que un espíritu extraviado se proponía confutar la Religión en nombre de la ciencia, reiterándose así el prodigio de Balaán que, al querer maldecir, bendecía al pueblo de Dios.

En efecto, esta maravillosa evocación de mundos ignorados durante tantos siglos, ha sido de hermosísimos resultados; al mismo tiempo que ha renovado y corregido nuestros conocimientos históricos, llenos de errores acerca del imperio ninivita, ha venido á rendir el más espléndido é inesperado homenaje á la Biblia, confirmando su autenticidad en el momento histórico en que la crítica racionalista calificaba de leyendas; y tradiciones como las célebres profecías de Ezequiel y Daniel, de Sofonías, Isaías y Jeremías, han encontrado en las inscripciones cuneiformes la prueba más acabada de su autenticidad y cumplimiento.

Y esto de una manera tan contundente y avasalladora que, mientras en los comienzos, asaz incompletos de los descubrimientos de la egiptología y asiriología, afirmaba la crítica incrédula existir grandes contradicciones entre esas dos ciencias y la Biblia; ahora siendo imposible negar tan admirable conformidad con los recientes descubrimientos, se desdice vergonzosamente, alegando que la Biblia es un plagio de esos antiguos documentos; plagio imposible, sin embargo, como tendremos ocasión de demostrarlo.

Y en verdad, la derrota para la crítica heterodoxa no ha podido ser más sorprendente: negábase la autenticidad y la veracidad de la Biblia, porque al decir de esa crítica, los hechos narrados en el Pentateuco eran mitos, y sus tradiciones, leyendas, sin más fundamento que la inventiva del autor ó autores del mismo. ¿Cuál, pues, no debió ser la sorpresa al considerar que tanto la asiriología como la egiptología encuentran en los documentos y monumentos jeroglíficos y cuneiformes el más solemne mentís, al demostrar que en ellos existen las más evidentes referencias á los hechos y narraciones bíblicas, que una pasmosa y aturdida impiedad reputara mitos y leyendas?

Más aun; los descubrimientos de que venimos hablando han corregido también las ideas que teníamos acerca de los orígenes de nuestra civilización y de su evolución providencial al través de los siglos. Pocos años ha se creía aún que los griegos habían sido los únicos iniciadores de toda cultura; que sus artes, sus ciencias y literatura eran una creación original de su genio, no debiendo cosa alguna á los pueblos que les habían precedido, pues que todos se suponían bárbaros.

Mas, ya no es hoy día posible profesar semejantes ideas, dados los modernos descubrimientos arqueológicos del Oriente. Sin duda fué sobre las radiosas ciudades de la Grecia en donde la civilización antigua llegó á su pleno florecimiento y espléndido apogeo; pero fué en Oriente en donde tuvo origen y adquirió los primeros desarrollos y hasta notables ensayos. Sabemos hoy día que en la época en que los antiguos helenos no eran más que unas tribus de salvajes ignorantes y Roma un puñado de foragidos, brillantes imperios florecían en las orillas del Nilo y en las llanuras de la Mesopotamia; sabemos que los fenicios transmitieron á la Grecia los productos artísticos é industriales de Egipto y de Asiria, de las cuales, durante largo tiempo, las obras griegas no fueron más que un pálido reflejo.

Sin ese período inicial la Grecia no hubiera sido la Grecia; no hubiese creado el Partenón de Atenas, ni el templo de Diana de Efeso, ni el Júpiter Olímpico de

Fidias, ni ninguna de las maravillas del arte, cuyos restos y monumentos admiramos en nuestros días.

A medida que los antiguos imperios del Oriente nos son más conocidos por sus monumentos, que un prodigio de paciencia y de genio ha hecho surgir como por encanto de lugares que había repoblado la barbarie, aparece más considerable la herencia transmitida á los pueblos que les sucedieron en la historia. Bajo este aspecto esos grandes imperios se nos presentan, á pesar de sus rivalidades incesantes y sus luchas sin piedad y sin cuartel, como trabajando y cooperando á la misma obra providencial, los progresos de la civilización, drama augusto de los esfuerzos de la libertad humana que la sabiduría del Autor de la humanidad delimita en las esferas del plan providencial.

Y esta es la idea dominante enseñada por las Sagradas Escrituras á la filosofía de la historia, que de una manera especial en las grandes profecías acerca de la suerte de esos mismos imperios, hacen resaltar la acción de la Providencia sobre las vicisitudes político-sociales de aquellas naciones, las primeras después del diluvio que se constituyeron con las emigraciones del Senaar.

La civilización es una luz que crece de edad en edad, y que los pueblos más diversos han poseído á su turno, según lo han merecido por su concurso al plan de la Providencia Divina; hasta que por medio de la institución universal del Cristianismo sea patrimonio del mundo entero, que es el porvenir de la humanidad destinada á formar por la unidad y solaridad moral de la civilización, una sola y gran familia, como así lo exigen la identidad de su origen y destinos, según la enseñanza evangélica de la fraternidad universal en Adán y en Jesucristo.

Pero, es llegado ya el momento de terminar y resumir estas palabras de introducción. ¿He probado lo que me preponía? Creo que sí, al menos me lo figuro.

Un viaje por Asiria y Caldea es, entre todas las excursiones que en Oriente puede hacer el turista, una delicia científica; más aun, es contemplar el *memento* más clásico de las tradiciones más augustas de la humanidad.

Y en verdad: cuando en el campo de los modernos descubrimientos realizados por los sabios orientalistas, tanto había sonado Mesopotamia, convertida en teatro de esas imprevistas maravillas para las ciencias históricas, así como sus monumentales ruínas transformadas en el más espléndido trofeo de las victorias bíblicas; cuando se recuerda que allí está la amena región en donde colocara el Creador el Edén delicioso de nuestros progenitores; que allí están las llanuras de Senaar, que recorrieran los primeros descendientes de Noé; que vense allí las ruínas de la famosa Torre de Babel, do se verificara la confusión de las lenguas; que está allí la patria de Abrahán y el suelo de la dura y triste cautividad del pueblo de Israel y de Judá; que en aquellas regiones se elevaban un día Ninive y Babilonia y otras célebres ciudades, más antiguas aún; cuando se recuerda que pasan por allí, lamiendo ruínas inmortales, esos ríos legendarios el Eufrates y el Tigris, y en cuya corriente, rápida como flecha, é imagen de la gloria que pasa, se miraban aquellos colosales palacios y gigan-

tescas construcciones, que asombro fueron de los pueblos cautivos; cuando bajo tales aspectos considerada, recordaba la Mesopotamia, su imagen para mí no podía ser sino grande y simpática, y el campo obligado de una peregrinación que hacen amena y encantadora los recuerdos y triunfos de la Biblia.

Y he aquí, por fin, cómo queda justificado también el título de *Viaje Bíblico* que doy al presente relato de mi excursión por Mesopotamia.

EL SANTO NOMBRE DE DIOS

CUANDO fijamos la consideración en los desgraciados seres que blasonan de incrédulos; cuando oímos á los materialistas y observamos á los que se llaman ateos, nuestro corazón nos manda compadecerlos y

temor que tienen de parecer cristianos, ó, como el mundo dice, *beatos*, y son, por consecuencia, débiles. Hacen alarde de lo que no son por cobardía, por temor de chocar con el mundo; y los que así proceden merecen desprecio.

Esto es lo que dicta la razón humana; pero la caridad, hija predilecta del Divino Maestro, modifica la sentencia dictada por la primera y nos manda compadecer á esos desgraciados y rogar por ellos.

No, no hay verdaderos incrédulos: no es posible que los haya; porque el sentimiento religioso, el conocimiento de la Divinidad es innato en el corazón del hombre, sin distinción de pueblos ni de naciones, y en todas las lenguas, en todos los dialectos se halla el santo nombre de Dios.

Los hebreos le llaman Eloin ó Eloah; los caldeos, Elah; los asirios, Ellah; los sirios y turcos, Alah; los malayos, Allah; los árabes, Allá; en jeroglífico, Δ ; en



AFRICA ORIENTAL.—Entrada de la bahía de Likoni. (Pág. 83)

la caridad nos obliga á rogar por ellos, aunque nuestra razón nos incline á despreciarlos.

La razón humana es, en efecto, intransigente y dura; y si el espíritu religioso no la modificase y convirtiese en blanda cera, sería implacable.

Expliquemos lacónicamente el por qué los desgraciados incrédulos merecerían desprecio, si la caridad no obligase á compadecerlos cordialmente.

Ninguno que tiene la desgracia de aparecer incrédulo, lo es. Creen que, figurando serlo, son y serán tenidos por hombres superiores, ó, como ellos mismos se denominan, *espíritus fuertes*.

Débiles hasta lo fabuloso son, por el contrario, porque al mostrarse ante la sociedad como ateos, sirven al

cofto, \dagger ; los magos, Orsi; los antiguos egipcios, Tent; los egipcios modernos, Teun; los americanos, Tenti; los griegos, Theos; los cretenses, Thios; los eolios y eudoris, Yios; los latinos Deus; los galos, Din; los catalanes, Dèu; los franceses, Dieu; los italianos, Dio; los portugueses, Deos; los antiguos alemanes, Dieh; los provenzales, Dioo; los bajo-bretones, Done; los irlandeses, Die; los olalos, Deu; los suizos, Gott; los flamencos, God; los holandeses, Godt; los ingleses y antiguos sajones, Good; los tentones, Goth; los daneses y suecos, Gut; los noruegos, Gud; los eslavones, Buch; los polacos, Boy; los poloneses, Bung; los japoneses, Jubinal; los fumones, Jumala; los rúnicos ó antiguos daneses, As; los panouaes, Yustu; los temblia-

nos, Tétizo; los indios, Ram; los coromandelos, Bra-ma; los tártaros, Natagai; los persas, Sire; los chinos, Pússi; los laponeses, Goozie-Goezar; los vascos, Jaungoicoa.

Si ahora nos dedicásemos á investigar nuevamente sobre este mismo interesante asunto, encontraríamos, sin género de duda, que así los pueblos de las edades remotas como las que hoy existen, todos han reconocido la existencia de Dios y todos le han adorado, aunque muchos, desgraciadamente, de una manera grosera y poco conforme con la grandeza de la Divinidad.

Incrédulos no existen sino en las palabras; de corazón no los hay; pero ¿cómo podrán indemnizar el escándalo que ocasionan y el daño que hacen con su fatal ejemplo?

Obra difícil es, y ya que evitarlo no es posible, roguemos á Dios para que los llame á verdadero conocimiento y les haga trocarse, de hombres débiles que son, en soldados valerosos y fuertes de nuestra Santa Madre la Iglesia católica, apostólica, romana.—A. R.

CRÓNICA

Roma.—El Soberano Pontífice se ha dignado recibir al reverendo P. Bontemps, superior de los misioneros del vicariato de Micronesia, acompañado de dos jóvenes cristianos, Patricio y Juan, primicias de la conquista evangélica en las islas Gilbert. Púsose en esta audiencia de relieve el gran interés y tierno afecto que el actual Pontífice profesa á las Misiones más remotas del globo.

El P. Bontemps, que enarbó el primero en las Gilbert la cruz, bandera de la civilización católica, ostentó en esta conquista aquella intrepidez, aquel celo infatigable que la imagen del Sagrado Corazón, colocada sobre el pecho, parece guardar y alimentar, aún en las luchas pacíficas, en el corazón de los misioneros de Issoudun.

Su Santidad recibió con gran interés el primer Catecismo publicado en lengua gilbertina, y se mostró sorprendido y encantado con la dulzura de esta lengua, que transforma en suave melodía y delicioso murmullo el *Ave María*, que Patricio y Juan recitaban de rodillas á sus pies, en nombre de sus hermanos ausentes.

Vuelto á sus habitaciones el Soberano Pontífice, no olvidó á los gilbertinos: en la tarde de aquel mismo día, «de parte de León XIII.» recibieron una bellísima medalla de plata.

Antiguamente los pueblos vencidos eran llevados arrastrando hasta los pies del César, inclinada la frente bajo el peso de la vergüenza y de la cadena; hoy ante el trono dado por Constantino y honrado con la majestad sublime del Sucesor de Pedro, no se ve, en los que van vencidos, junto al misionero conquistador, sino á hijos y hermanos de todas razas y colores radiantes con la dicha de un triunfo cuya gloria es para Dios solo.

En Marzo volverá otra vez para sus Misiones el Rdo. P. Bontemps con algunos Padres y Hermanos.

En el mes de Diciembre salió para Nueva Guinea, llevando consigo unos veinte misioneros, el Ilmo. Navarre, y el 15 de Enero último, en dirección á Nueva Pomerania, con algunas Religiosas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón y varios Hermanos el Rdo. P. Asunto Costantini.

—Su Santidad ha nombrado vicario apostólico de la Birmania Septentrional (Asia) á Mons. Antonio Usse, del Seminario francés de las Misiones extranjeras. Nació este Prelado en 1860, y recibió las Ordenes sacerdotales en 1884.

Siberia.—La *Gaceta Yakutsk* describe en uno de sus últimos números una costumbre bárbara de los tchukchis, que sigue subsistiendo á pesar de todos los esfuerzos de la Administración rusa y de los misioneros ortodoxos por reprimirla.

Se trata del sacrificio de los viejos y de los enfermos que, privados de los gozos de la vida, resuelven poner fin á su existencia para ir á unirse con sus antecesores y aumentar el número de los espíritus benéficos.

El tchukcha decidido á morir previene de su decisión á sus vecinos y á sus parientes. Extiéndese la noticia en el círculo de sus amigos, y sin tardanza corren todos á rogarle que renuncie á sus designios. Ruegos, súplicas, lágrimas, lamentos, no bastan á torcer la voluntad del fanático, quien habla de la vida futura y de los muertos que se le aparecen llamándole á ellos.

Los parientes y los vecinos, viéndole en semejante disposición, aléjanse entonces á hacer los preparativos de costumbre. Al cabo de diez ó quince días, vuelven á la cabaña del tchukcha cargados de ropas mortuorias y de armas, que le servirán en el otro mundo para combatir con los espíritus malignos y para cazar renos.

Después de vestido para el sacrificio, tchukcha se retira á un rincón de la cabaña. Su pariente más próximo se le acerca con una cuerda, una pica ó un cuchillo en la mano.

Si el tchukcha elige el cuchillo, entonces dos de sus amigos le sujetan los brazos y las muñecas, y á una señal que da él mismo, el inmolador le hunde el arma en el pecho.

Si prefiere la pica, dos de sus amigos mantienen la pica de punta frente á su pecho, y otros dos, en un momento dado, la empujan clavándola en el cuerpo del infeliz.

Si prefiere la estrangulación se le echa la cuerda al cuello, y los sacrificadores, agarrándola por los dos extremos, tiran en sentido contrario hasta que se produce la muerte.

Cuantos asisten á la escena se aproximan entonces al cadáver y se enrojecen el rostro y las manos con la sangre del muerto. Este es conducido en un trineo tirado por renos hasta el sitio en que van á celebrarse los funerales.

Una vez llegados á su destino los tchukchis degüellan los renos, despojan al muerto de sus vestidos, que hacen pedazos, y colocan el cadáver sobre una hoguera.

Mientras dura la cremación, cuantos á ella asisten dirigen plegarias al «bienaventurado,» y le suplican que vele por ellos y por sus familias.

Estas horribles prácticas, añade la *Gaceta Yakutsk*, se efectúan hoy con las mismas formalidades que en los tiempos antiguos. Los tchukchis, lamutas y los rusos convidados á estos sacrificios toman parte en ellos; pero nunca para emprender el camino de los que se van voluntariamente al otro mundo.

Tierra Santa.—«Entre las infinitas fiestas, escriben desde Jerusalén, que por el mundo entero se han celebrado en honor de la Virgen del Rosario, ninguna seguramente habrá tenido el encanto y originalidad de la verificada en San Esteban de Jerusalén. Omitimos lo referente á la función interior de la iglesia, con la multitud de gente que allí acudió á ganar las indulgencias de *toties quoties*, y nos fijaremos solamente en la procesión de aquel día memorable. Dentro del cercado del convento, en una carrera de mil metros, por entre hermosos olivos é imponentes ruínas, se vieron desfilar Comunidades religiosas con sus educandas y asilados; católicos de todos los ritos, trajes y colores, rezando en todas las lenguas, oriflamos y banderas; sacerdotes y Religiosos, cuyas diversas liturgias se mezclaban en una misma alabanza á María. La banda de música del Seminario melquita, dirigido por los misioneros de Argel, realizaba la gran ceremonia acompañando las coplas que se cantaban entre misterio y misterio. En las montañas que cercan á San Esteban, resonaban confundidos los ecos de la música con el canto de los devotos, y aquellas tristes colinas, deshonradas y maldecidas, de Garel, Bezetha, Escopo y Monte Olivete, parecían levantarse por un instante de su desolación para cantar con los cristianos á la Virgen de Judá.

«Considérese luego con qué devoción recordarán, especialmente los europeos, los misterios del Rosario, allí precisamente don-

de casi todos ellos fueron cumplidos y donde se ven los caminos que llevan á los otros sagrados lugares donde se cumplieron los restantes: caminos de Nazaret y de Belén y de la montaña del Bautista.—Por aquí pasaban María, José y el Niño; allí fué donde los padres notaron, á la vuelta de Jerusalén á Nazaret, que el Hijo se había perdido: más allá el Huerto de los Olivos, el Calvario, el Sepulcro, el Monte de la Ascensión, el Cenáculo: esta senda fué santificada con los sudores de Jesús, aquélla regada con su Sangre...: aquí lloró, allí se apareció glorioso á su Madre, más allá se dejó ver de los Apóstoles después de la Resurrección. ¡Lugares, más que santos, divinos, que á un devoto que repasa los misterios del Rosario hace salir de sí y creerse en presencia de Jesús y María andando, sufriendo y triunfando por nuestro amor y rescate!

«Por eso he dicho al principio que nada hay más tierno y original que una procesión del Rosario en Jerusalén, lugar donde los misterios se recuerdan al vivo y se palpan.»

—Al tener noticia el Ilmo. Soler, obispo de Montevideo, del atentado cometido últimamente en Belén, como saben nuestros lectores, contra los Padres Franciscanos, escribió al Rdo. Padre José de Roma, secretario custodial de Tierra Santa:

«Muy reverendo Padre: Lamento profundamente la escena de sectarismo salvaje que ha cubierto de sangre la benemérita Comunidad Franciscana, que está al cuidado de la Cuna del Salvador.

«Es de esperar que la justicia castigue severamente ese atentado; pero sobre todo sería una ignominia que el Gobierno que se gloria del título de Protector de los Santos Lugares no reclamase entera satisfacción, así como garantías de ulterior seguridad para los humildes y heroicos custodios de los Santos Lugares; si así no obra, debe contar con la protesta indignada de toda la cristiandad.

«Mas, permítame declararle que, si siempre me ha sido altamente simpática la obra gloriosa de la Custodia de Tierra Santa al cargo de la Orden Seráfica, el bárbaro atentado que acaba de perpetrarse ha acrecentado más vivamente si cabe, mi admiración simpática por los méritos adquiridos para ante la cristiandad por los hijos de San Francisco en la conservación y defensa de esos Santuarios, que son los monumentos más preciosos del género humano.

«Si; al heroísmo de los cuatro mil Franciscanos que derramaron su sangre por sostener el honor de los Lugares Sacrosantos regados con el sudor y la Sangre del Salvador del mundo, hay que añadir la de esas nuevas víctimas, que acaban de ser inmoladas junto á la Gruta de la Natividad del Redentor de Belén.

«Y ¿por qué ha de tocar siempre á los Franciscanos ser las víctimas preferidas en los Santos Lugares? No titubeo en afirmar que eso permite la Divina Providencia para demostrar que la Custodia de Tierra Santa es un derecho y una conquista exclusiva del heroísmo y abnegación de los pobres Hijos del Llagado Serafin de Asís.

«Y en efecto, cuando en 1291 fué definitivamente abandonada Palestina por los Cruzados, todas las Ordenes religiosas y militares se refugiaron á Europa, perseguidas por la Media Luna; la desolación y la ignominia cubrieron aquellos Lugares sagrados, y nadie volvió por su honor, con excepción de los Franciscanos que, á pesar de las victorias del Islam y toda clase de sufrimientos, quedaron allí, al lado del Sepulcro del Señor, y sólo ellos han permanecido hasta hoy al cargo de aquella Custodia Sagrada, sin que, al decir de León XIII, las persecuciones, ni las vejaciones, ni las más crueles torturas fuesen parte para apartarlos de su gloriosa misión.

«De manera que lo que las fuerzas aunadas de Europa no pudieron conservar, lo conservan los heroicos Franciscanos para honra y consuelo de la cristiandad. Y hace más de seis centurias que la historia de la Orden Seráfica consigna esa gloria singular, que nadie podrá arrebatárle ni desconocerla, sin suprema ingratitud.

«Esa es, pues, su gloriosa misión, como afirma el gran Papa, y es á costa de heroísmo que la emprendió, la conservó y la continúa desempeñando.

«Y si ella constituye un título glorioso de la Orden Seráfica para ante el mundo cristiano, también está en el honor de las naciones cristianas no permitir la reiteración de esos actos de barbarie en pleno siglo XIX.

«Protestando, pues (contra el atentado cometido), en nombre de la Religión, de la civilización y de la justicia, hago votos para que se tomen las medidas por quienes corresponde, y especialmente por la nación protectora de los Santos Lugares, á fin de que la Custodia de Tierra Santa por los Franciscanos se mantenga con todo esplendor y respeto, y deje de ser crítica su situación ante el amparo del derecho internacional; amparo á que indudablemente es acreedora después de seis siglos de heroísmo y abnegación á toda prueba.

«Mientras tanto, aprovecho la ocasión para reiterar á todos los Religiosos Franciscanos de Tierra Santa los sentimientos de mi perpetua admiración y cristianas simpatías.—† MARIANO, obispo de Montevideo.»

Fernando Poo.—Los niños del Colegio de Concepción, bahía de Fernando Poo, sabedores de que un respetable sacerdote chileno, tío del Rdo. P. Bolados, superior de dicho Colegio, había sido preconizado por la Santa Sede obispo titular de Antedón y vicario apostólico de Tarapacá (Chile), pidieron permiso y obtuvieron la gracia de escribir á S. S. I. la siguiente carta:

«Ilustrísimo señor: Nosotros, colegiales de Misión de Concepción de Fernando Poo, sabe que un Padre, tío de nuestro Superior, P. Bolados, ha sido hecho Obispo, lo que nosotros dice *Moyé Motte (Padre Grande)*. Nosotros alegra, y como nosotros sabe que á Obispo los cristianos saluda y pide bendición, nosotros, pues, saluda y dice le encomiendan á Dios y á Santa María, y pide bendición y besa anillo con respeto, y somos sus servidores los que firman.—Pedro Sitapa.—Santiago Moale.—Francisco Ersté.—José Tehiba.—Joaquín Ebrele.—Andrés Masó.—Pablo Moratyba.—Pedro Eau.—Tomás Tatta.—Joaquín Biaboomo.—Luis Moote.—Antonio Esorá.—Miguel Lobedde.—Serafin Moriri.»

Al pie de la precedente carta escribe el Rdo. P. Bolados la que sigue:

«Ilustrísimo señor: Creo será grato á S. S. I. recibir la adjunta de los alumnos que ya saben escribir y que hace poco tiempo vivían en el seno de sus familias salvajes, de esta tribu africana llamada de los «bubis», que habitan solamente esta isla de Fernando Poo, en el Golfo de Guinea.

«No se les ha corregido en esta carta la manera de hablar con que generalmente lo hacen los principiantes, para que haga más gracia á S. S. I.; no obstante, en la práctica ordinaria les vamos corrigiendo.

«Esta Misión lleva seis años desde su fundación á esta parte, y en ellos, á Dios gracias, se ha podido fundar un Colegio para niños de ambos sexos que han de vivir, con el favor de Dios, perpetuamente al lado y bajo la protección de la Misión, á pesar de que ponen los padres y amos de los muchachos todos los obstáculos que pueden para impedirles el venirse con nosotros, lo que logramos, después de Dios Nuestro Señor, por medio de regalitos, principalmente ropas, adornos, tabaco, etc.

«Con los nueve matrimonios que hay actualmente, tenemos los fundamentos de un pueblo cristiano y piadoso, porque á esto le ayudará el no haber en ésta ninguna familia de blancos, que, generalmente, no acostumbran á venir por estas tierras los que dan buenos ejemplos...»

Noticias varias.—Los peregrinos franceses que acaban de visitar los Santos Lugares y Jerusalén han celebrado con gran solemnidad en la Ciudad Santa la fiesta del protomártir San Esteban, que allí mismo abrió el glorioso catálogo de los testigos de la fe. La Basílica, fundada en el siglo V por la emperatriz Eudoxia, mujer de Teodosio el Joven, y descubierta por el P. Mateo Lecomte, ha sido perfectamente restaurada para el culto público.

Dichos peregrinos han traído de esta expedición grandes recuerdos. Se ha tenido especial empeño en reconocer los lugares más favorecidos por la predicación de San Pablo. Especialmente

en Patrás los griegos han recibido espléndidamente á los peregrinos, habiéndose celebrado una sesión, en que se pronunciaron discursos en francés, en italiano y en griego.

—Ha fallecido en Lyon el misionero Mons. Chausse, obispo de Comana, en el Asia Menor, ó Anatolia, como hoy se llama, cuyos principales servicios á la Religión fueron prestados en las inhospitalarias regiones del Africa durante veintidós años.

—Los Trapenses de Westmalle (Bélgica) establecerán una Misión en el Congo belga, bajo la protección del rey Leopoldo II, en una superficie de mil hectáreas, que se les ha concedido en las cercanías de Leopoldville. Se proponen llevar al centro del Continente africano los más apreciados productos de la agricultura europea.

—Pasan de 10,000 las conversiones al Catolicismo que han tenido lugar en el Asia Menor en los meses de Octubre y Noviembre. Con razón dice *La Turquie* de Constantinopla, que si el movimiento católico continúa como hasta aquí, aquella porción de Asia será en breve en grandísima parte católica.

También en Constantinopla ha habido en estos últimos tiempos muchas conversiones al Catolicismo.

—El P. Girod, misionero francés en el Tonkín, ha abierto una subscripción entre los militares franceses para fundar una iglesia católica en Sen-Bai, habiendo ya reunido una cantidad bastante considerable.

—Contra la Iglesia católica se ha formado una Sociedad secreta en los Estados Unidos. Este solo hecho indica los progresos del Catolicismo en la Confederación, y que la opinión pública en general le es favorable, cuando se juzga preciso adoptar los procedimientos clandestinos.

Se distingue por estas iniciales A. P. A., Asociación Protectora Americana, y sus miembros se obligan, con juramento, á trabajar cuando puedan para que en las elecciones de todas clases no triunfe un solo candidato católico.

Además de la opinión general, es adversaria especial de la nueva Sociedad la numerosa y rica colonia irlandesa.

VARIEDADES

PÁGINAS DEL ROSARIO

EN 1732 el ilustre misionero dominico en China Padre Fr. Juan de Santa Cruz hubo de salir de China para Manila á tratar graves asuntos de la Misión. Al volver á ésta no encontró más embarcación que un champán chino tripulado por chinos infieles. Sin consideración al ministro de Jesucristo aquellos desdichados idólatras empezaron á practicar en su presencia las abominaciones de su culto gentilico. Lleno de celo el santo misionero les afeó tan detestables prácticas, les hizo ver lo absurdo de sus creencias, les demostró la existencia y unidad de Dios, la inmortalidad del alma y la verdad del Catolicismo.

Uno de los chinos era lo que ellos llaman literato, y alardeando de su falsa ciencia, recibió con una salva de burlas y sarcasmos la doctrina celestial del P. Santa Cruz. Poseído éste del espíritu de Dios, exclamó en tono profético apostrofando al blasfemo filósofo:

—¡Miserable! tú te burlas de Dios y de su doctrina santa, pero ¡ay de ti! que pronto vas á ser víctima de su terrible justicia. La espada de la divina venganza está ya levantada sobre tu cabeza, y muy luego vas á ver con espantosa evidencia que hay Dios, que tu alma

es inmortal, y que hay premios sin fin para los buenos y horribles é imperecederos suplicios para los malos.

Apenas el P. Santa Cruz acabó de pronunciar estas proféticas palabras, cuando el impío literato se desplomó cadáver, herido por el rayo de la ira de Dios vengador, llenando de terror y espanto á cuantos lo presenciaron. Pero ¡cuán cierto es que la fe es un don de Dios! A pesar de una demostración tan patente de la verdad de nuestra Religión Sacrosanta, ni uno solo de aquellos ciegos voluntarios abrió los ojos á la luz. Únicamente el capitán, poseído de un gran terror servil, prometió que no volverían á ofrecer sacrificios á los ídolos; si bien después, temeroso de sus falsos dioses, continuó con sus idolatrías en secreto. Esto provocó de nuevo la ira divina. Un pavoroso incendio se declaró en el bajel á deshora de la noche, que le hubiera reducido pronto á cenizas, si las oraciones poderosas del P. Santa Cruz no hubieran detenido el brazo de la divina justicia.

Pero ni por esas aquellos desgraciados pensaron en romper con la servidumbre satánica, obligando con su obstinación á Dios á emplear nuevos castigos. Divisábanse ya en lotananza los montes de Fo-kien, cuando he aquí que el vigilante del champán descubre á sota-vento una nave velera, que á viento largo maniobra á su derrota. La experiencia de aquellos mares hizo comprender á los miserables infieles desde luego, que se les acercaba un poderoso corsario, ansioso de darles caza y de saciar en ellos su crueldad y avaricia. En vano trataron de forzar su marcha: el corsario, cual gavilán que se lanza sobre su presa, rasga veloz las plácidas ondas y está ya seguro de su triunfo.

¿Qué hacen entre tanto aquellos seides del error? ¡Oh ceguedad increíble! Acuden de nuevo á sus ídolos, les ofrecen sacrificios, los llaman en su auxilio, claman, gritan desesperados, pero todo en vano. El corsario se acerca veloz, y no aparece ya remedio humano.

El P. Santa Cruz presenciaba sereno el horrible drama; y no dudando que todo aquello era un castigo de Dios, en cuya misericordia por otra parte confiaba, le dijo al capitán:

—Cesen esas idolatrías, y yo respondo de la seguridad de todos y de todo.

Atónitos los infieles con semejante promesa, le dijeron:

—Pues que, ¿tienes acaso armas tan poderosas que puedan librarnos de tan gran peligro?

—Sí, contestó el misionero: mis armas son el santísimo Rosario. Con él peleamos los cristianos y conseguimos por mar y tierra gloriosas victorias. Arrojárse todos entonces á sus pies llorando cual tímidas mujeres é implorando su valimiento.

Animóles él entonces y les dijo con tono de seguridad:

—No temáis; el triunfo corre por mi cuenta.

En efecto: el santo misionero toma el Rosario en sus manos, y fijas las rodillas en tierra y los ojos en el cielo, empieza á rezar el salterio mariano.

¡Caso admirable! Aquel pesado champán, que no tenía apenas la mitad de la fuerza velera del buque corsario, rasga con rapidez tan asombrosa las aguas, que deja muy rezagado al formidable enemigo, y en una hora salvaron una distancia que no hubieran podido

salvar en menos de un día, tomando felizmente tierra en las playas de Hia-muen. El P. Santa Cruz siguió adelante su camino á la misión.

Demos gracias infinitas á Dios por el beneficio inestimable de la fe, y aprendamos á esperar todo de la verdadera devoción del Santísimo Rosario (1).

FR. C. G. C.

LAS MALVINAS

Esta colonia está gobernada por el Sr. Goldswarty, antiguo oficial de la armada inglesa, y que ha llegado á este cargo por ascensos progresivos en los diferentes puestos que por orden del Ministerio de Colonias ha desempeñado. Es este, pues, el medio que la Inglaterra emplea para llegar gobernantes á sus colonias, de una probidad, juicio y competencia reconocidos; aparte de que llegan rodeados de la estimación de todos y del respeto de sus gobernados.

Al gobernador le está absolutamente prohibido ausentarse del territorio sin previo permiso del Ministerio de Colonias de Londres, como también substituir en el gobierno á otra persona, por alta que sea su jerarquía, sin previo permiso ó nombramiento emanado del mismo poder.

Existe un Consejo Consultivo, compuesto de los altos empleados y los vecinos más caracterizados.

Un abogado nombrado por el Gobierno desempeña las veces de juez.

Un médico, con idéntico nombramiento, aunque libre de ejercer su profesión, de acuerdo con una tarifa señalada por la Junta Consultiva en relación á la distancia, desempeña las funciones oficiales relacionadas con su título.

El administrador de Rentas lo es á la vez del Correo y otras dependencias.

Esto es en resumen lo que constituye la autoridad en aquella colonia.

Recientemente ha edificado allí una iglesia católica la Congregación Salesiana, á cuyo frente se encuentra el distinguido Dr. O'Gredy, hombre lleno de méritos y condiciones, que no sólo sabe cuidar el rebaño fiel sino que se ha hecho acreedor á la estima y consideración de aquella colonia, con la implantación de un establecimiento de educación, que hoy costea la caridad del vecindario; y por último la iglesia patronal protestante á cuyo frente está un obispo.

Existen varias escuelas, y no hay para qué decir que no queda un solo niño que no las frecuente.

Como allí no hay árboles ni arbustos que sirvan para leña y el carbón es caro, se emplea la turba como combustible, y la tienen á inmediaciones de Puerto Stanley. Es original ver, á la caída de la tarde, partir hacia la turbera los hombres que van á cortarla y arreglarla convenientemente, á fin de que se seque con rapidez, para servir á la provisión de invierno; y aún más original es el respeto que tienen por el pedazo que cada uno ha elegido, para obtener artículo tan necesario á la vida y abrigo de aquellos pobladores.

(1) *Historia de los Padres Dominicos de Filipinas*, por los Padres Ferrando y Fonseca. Lib. VIII, cap XI, tit. IV pág. 347 y sig.

LA VIDA EN EL POLO NORTE

A excepción del capitán Hatteras, de Julio Verne, nadie sabe cosa alguna con respecto á este punto, porque el infeliz se volvió loco y su fanático secreto bajó con él á la tumba.

Pero á falta de noticias exactas, un astrónomo sueco, á fuerza de inducciones hechas sobre la base de los experimentos de los viajeros polares, ha logrado trazar un cuadro de la vida en aquellas solitarias regiones.

Allí, pues, hace menos frío del que se sufre en algunas latitudes más al Sur.

El día dura desde el 21 Marzo al 22 de Septiembre. El resto del año es de noche.

El cielo está estrellado; pero las estrellas se hallan siempre fijas en un mismo punto.

Lo más curioso es la división del tiempo.

El mejor cronómetro de Ginebra no sirve de nada en el Polo.

Así es que si un explorador se sentase á la mesa con sus compañeros, mientras que para él serían las doce, sería la una para su vecino, las dos para el que tiene enfrente, y así por el estilo, pues cada cual se encontraría sobre uno de los meridianos que parten del Polo.

Lo mismo puede decirse con respecto á los puntos cardinales.

Allí no existen ni el Este, ni el Oeste, ni el Norte. Allí no existe más que el Sur.

El astrónomo sueco, inventor de estas teorías, quiere comprobarlas, y á este fin ha propuesto á su Gobierno la idea de ponerse al frente de una nueva expedición de *turistas* polares, á fin de no cejar hasta que consiga sus nobles y científicos propósitos.

NECROLOGÍA

EL RDO. P. JUAN PUJOL, HIJO DEL CORAZÓN DE MARÍA

Dolorosa pérdida experimentaron el 13 de Diciembre último las Misiones del Golfo de Guinea con el fallecimiento del reverendo P. Juan Pujol, superior de la Residencia de Cabo San Juan (continente africano). Respetado de los europeos que le conocían y consideraban como uno de los más ejemplares Religiosos; ardientemente querido de los agradecidos bengas y pamues, para quienes fué padre solícito y cariñoso; mártir de la caridad en que se abrasaba, cual otro Pablo, al ver muy necesitados en lo corporal, enfermos de alma y de inteligencia inculta, á los pobrecitos africanos; dando brillantísimos testimonios de abnegación y de santa conformidad en sus terribles padecimientos y fortalecido con los dulces consuelos de la Religión, expiró plácidamente en brazos de sus queridos Hermanos los Padres Misioneros de Santa Isabel.

Frecuentemente hay que registrar esta clase de pérdidas en los anales de las Misiones del Golfo de Guinea, efecto del ardiente é insalubre clima, propio de toda la costa Occidental de Africa; pero los Hijos del Corazón de María, puesta la confianza en Dios, ofrecen generosos el sacrificio de sus vidas con tal de poder ganar para el cielo alguna de aquellas pobrecitas almas; y por fortuna son muchas las que, gracias á los desvelos de aquellos abnegados misioneros, salen del abismo del error y la ignorancia religiosa para entrar en el camino que conduce á la vida eterna, lo cual es sumamente noble y meritorio, y muy grato al amantísimo Redentor de las almas.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona